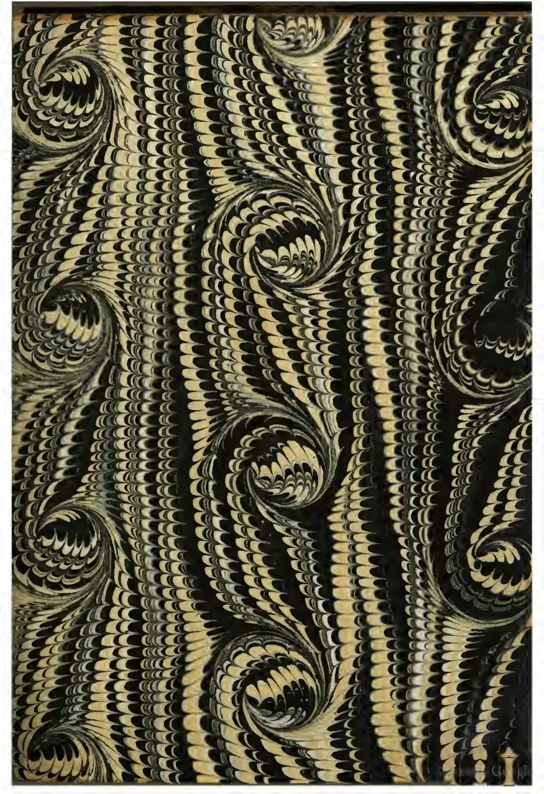
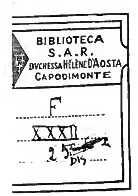



HELENÆ · AVGV
STÆ · DVCISSÆ
EX · LIBRIS





Digitized by Google

Digitized by Google


BIBLIOTECA NAZIONALE
NAPOLI



BIBLIOTECA NAZIONALE "VITTORIO EMANUELE III" NAPOLI

Digitized by Google

551796

NECROLOGIA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE LA EMINENTE LITERATA

D.ª CECILIA BÖHL DE FABER Y LARREA

CONOCIDA EN EL MUNDO LITERARIO BAJO EL PSEUDÓNIMO

DE

FERNAN CABALLERO

POR M. OORLÉ.





SEVILLA.
Imp., lit. y encuadernacion del Circulo Liberal.
CALLE DEL ROSARIO NUM. 21.



Es propiedad.—No se podrá reimprimir sin permiso de su autor.

Digitized by Google

NOTICIAS BIOGRAFICAS

DEL CÉLEBRE NOVELISTA

FERNAN CABALLERO.

Plumas mejor cortadas que la nuestra debian dedicarse á escribir noticias exactas de la vida y muerte de la distinguida literata que bajo el pseudónimo de Fernan-Caballero, alcanzó tantos dias de gloria y tantos triunfos en la república de las letras.

Bien es verdad que el escritor en España nunca encuentra la recompensa de su trabajo; literato quiere decir tanto como pobre; si fuese un negocio de comercio muchos se hubiesen disputado la honra de emprender semejantes trabajos.

La prensa en general ha rendido tributo al eminente Fernan Caballero; pero tenemos una queja, queja amistosa y de puro compañerismo.

Los literatos de Madrid, de Andalucía y del resto de España no han hecho á la memoria de la célebre novelista todo el esfuerzo y trabajo que ella se merecia.

Entusiastas como somos de la Literatura, nos parece

Digitized by Google

siempre poco lo que se hace en honor de esos séres privilegiados que se consagran al estudio y mueren sin poseer grandes riquezas.

Nuestras frases creemos que á nadie ofenderán, pues siempre nuestra intencion es pura y recta, y siempre estamos dispuestos á retirar cualquier palabra que á alguien pueda molestar, pues nada es más ageno á nuestra voluntad qué disgustar; siempre nos gusta más agradar: en lo que nunca podremos transigir es en lo malo y en lo injusto.

Sabemos perfectamente que todos los literatos en España, con muy pocas escepciones, somos pobres, pero que tambien sabemos despreciar el oro; nuestro tesoro consiste en las glorias de la literatura y en hacer bien á la humanidad entera.

Todos tenemos una obligacion en rendir el último homenaje al literato que muere y cumple como justo y bueno.

¿Quién puede negar que Fernan Caballero cumplió su mision de escritor de una manera buena y acertada?

¿Por qué nosotros hemos emprendido la árdua empresa de escribir noticias exactas del malogrado escritor? Porque nadie lo ha hecho, porque observamos alguna apatía. En esto consiste la queja que tenemos con nuestros respetables compañeros en la prensa.

Otros lo hubieran hecho mejor que nosotros, y ahora les suplicamos humildemente que, recogiendo los modestos apuntes históricos que damos á luz, se escriba una biografía que corresponda á Fernan-Caballero.

No podemos esplicarnos por qué no se ha llevado á cabo la ereccion del monumento dedicado á la eminente escritora.

Digitized by Google

Dinero sobra; ¿qué es lo que falta? Decision y buena voluntad.

Declaremos guerra á la apatía, y á tambor batiente y bandera desplegada corramos á erigir el monumento cuanto ántes á la sin par Cecilia; se trata de una señora, y debemos ser más galantes.

Los literatos que no profesen las mismas ideas filosóficas de Fernan Caballero, creo que tambien nos ayudarán, porque si no están conformes con el fondo de su doctrina, admirarán siempre las bellezas literarias de sus producciones.

Unámonos todos para rendir el último tributo á Fernan Caballero.

¿Cuántos filósofos protestantes y escépticos han admirado las obras de Santa Teresa de Jesus?

Nosotros, lo confesamos, tenemos orgullo en admirar las bellezas literarias y el fondo de doctrina que encierran las obras de Cecilia.

Admitimos sus formas y su fondo, no sentimos más que una cosa, y es que nuestro estilo no corresponda al de Fernan Caballero; con el objeto de que sea ménos malo este trabajo hemos acudido á eminentes escritores para que nos ayuden, y sepa el público que son dos los que hacen este trabajo, aunque solo se firma con nuestro nombre; si hay alguna gloria corresponde á nuestro compañero, que porque vale mucho es muy modesto y se niega á firmarlo, rogando que lo firmemos nosotros que valemos muchísimo ménos que él.

¡Alma de Fernan Caballero, te pedímos nos perdones las faltas que hayamos cometido al escribir las noticias de tu muerte y de tu vida! Pero ¿qué digo de tu muerte, si no es cierto que tú has muerto? ¡Nó, nó! Tú vives y vivirás

eternamente; tu fama se puede decir fué casi europea; tú vives, y viven y vivirán tus obras.

Nosotros, los católicos, no creemos en la muerte, creemos en la ausencia.

Los periódicos han cometido algunas inexactitudes al ocuparse en la biografía de Fernan Caballero, y nosotros vamos á procurar rectificarlas, agradeciendo extraordinariamente nos enmienden si cometemos involuntariamente la más mínima equivocacion.

NECROLOGIA.

La muerte acaba de hundir en el sepulcro á una de las reputaciones literarias más ilustres de la España moderna.

Doña Cecilia Böhl de Faber y Larrea, que es la distinguida escritora á quien aludimos, tuvo por padres á D. Juan y á D.ª Francisca, personas notables por sus virtudes domésticas y por el empeño constante con que procuraron inculcar á su tierna hija las verdades cristianas. Nació ésta, el dia de Noche-Buena en el año de 1796; y, como suele suceder á menudo tratándose de personajes destinados á cierta celebridad futura, no falta quien afirme haber oido referir á la misma, que su madre la dió á luz en un buque, durante la navegacion que sus padres emprendieron para llegar á Morges, ciudad del canton de Vaud, perteneciente á la república de Suiza.

No negaremos el hecho, porque cabe en lo posible; pero baste saber que en la iglesia parroquial del referido pueblo existe su partida de bautismo.

D. Juan Nicolás Böhl, natural de Hamburgo, desempeñó el cargo de cónsul de su pátria en la ciudad de Cádiz, donde contrajo matrimonio, durante el último tercio del siglo pasado. La larga permanencia entre los españoles y su aficion decidida por el habla y las obras de Cervantes, de Lope de Vega y de otros escritores célebres de nuestra edad de oro, contribuyeron poderosamente á formar en él el crítico concienzudo, atinado y juicioso, que se revela en «*La Floresta de Rimas Castellanas*,» «*El Teatro Español anterior á Lope de Vega*,» y en otras varias producciones de reconocido mérito.

Digitized by Google

Cecilia, que pasó su primera edad en Alemania, vino á Cádiz en los albores de la juventud. Allí contrajo matrimonio, teniendo diez y siete años, con el capitan de artillería *Planelles*, al qne acompañó en su viaje á Pnerto-Rico. Mas la Divina Providencia, que sin duda reservaba á la jóven esposa para grandes infortnnios, la privó inesperadamente de sn amado consorte, viéndose obligada á acogerse bajo la proteccion del Capitan general de la Isla, en cuya casa-palacio habitó hasta que pudo disponerse el regreso á España, acompañada de una familia distinguida. Algun tiempo despnés, celebró, por los años de 1822, D.ª Cecilia segnndas nupcias con el marqués de Arcohermoso, á quien habia conocido muchos años ántes. Esta union, que hnbo de durar más tiempo qne la primera, fué interrumpida tambien por la muerte del marqués, qne falleció en 1835. Todavía estaba condenada D.ª Cecilia á snfrir otro golpe de esta naturaleza con la pérdida de su tercer marido, D. Antonio Arron de Ayala, cónsul en Anstralia, al que lloró muerto en el año de 1863.

Víctima de tantos contratiempos, y reducida á vestir luto por todas las personas que habia amado en el mundo, Cecilia Böhl no pudo encontrar ya consuelo, sino en las prácticas religiosas y en el cultivo de las letras. Educada por sn ilustrado padre, sugeto tan competente en el particular, adquirió la instruccion necesaria para poder emitir atinados juicios sobre el mérito literario de nuestros mejores clásicos. Poseia, ademas, el francés, el inglés, el aleman y el italiano, habiendo hecho un estudio esmeradísimo de las principales obras que hay escritas en estos idiomas, así para el teatro, como para la historia y para la novela.

Con tales elementos, y la modesta pero sólida reputacion qne habia sabido adquirirse en el trato y comunicacion de los hombres de letras más notables de nuestro siglo, así nacionales como extranjeros, Doña Cecili n se dió á conocer, en 1849, con sn primera publicacion, titulada «*La Gaviota*», obra qne le ha adquirido nna gran nombradía entre los novelistas españoles. Fué dando sucesivamente á luz otras producciones, que aumentaron su fama; y por haberse distinguido mny especialmente en el arte difícil de pintar con sus colores propios las costumbres españolas, y en particular las de Andalucía, ha sido considerada como inventora de este género de literatura popnlar, en el que tiene muy pocos imitadores felices.

Además de la bellísima novela titulada «*La Gaviota*,» se conocen

como de su pluma, bajo la modesta denominacion de *«Cuadros de costumbres y Relaciones populares,»* las siguientes: *«Clemencia:» «La Familia de Alvareda:» «Callar en vida y perdonar en muerte:» «Lágrimas:» «Elia, ó la España treinta años há:» El último consuelo:» «La Noche de Navidad y el Dia de Reyes:» «La Estrella de Vandalia:» «¡Pobre Dolores!» «Un verano en Bornos:» «Lady y Virginia:» «Simon Verde:» «Más honor que honores:» «Lúcas Garcia:» Obrar bien que Dios es Dios:» «El Dolor es una agonía sin muerte:» «Justa y Rufina:» «Más largo es el tiempo que la fortuna:» «No transige la conciencia:» «La Flor de las ruinas:» «El Ex-voto:» «Los dos amigos:» «La Hija del Sol:» «Un servilon y un liberalito:» «Diálogo entre la Juventud y la Edad madura:» «Una en otra:» «Con mal ó con bien, á los tuyos te ten:» «Dicha y suerte:» Deudas pagadas ó un episodio de la guerra de Africa:» «Vulgaridad y nobleza:» «Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido:» «Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen:» «El Alcázar de Sevilla:» «Las dos Gracias ó la Expiacion:» «La Farisea:» «La Corruptora y la Buena Maestra:» «La Maldicion paterna:» «Leonor:» «A los niños:» «Los dos memoriales:» «Coleccion de artículos religiosos y morales:» «Cuentos y poesías populares:» «La Mitología contada á los niños, ó historia de los grandes hombres de la Grecia:» «Estar de más:» «Cuentos, oraciones, adivinas, y refranes populares é infantiles,»* que fué la última de sus producciones literarias, sin hacer mencion de muchos artículos, publicados en los periódicos de Sevilla, Granada, Valencia, Alicante, Barcelona, Madrid y otras capitales. Ha dejado inédito un precioso libro, titulado: *«El Refranero de la gente del campo, recogido en los pueblos de Andalucía, seguido de un Cancionero de coplas y romances populares.»*

Los escritores de más nombradía, tanto nacionales como extranjeros, se han hecho un deber de contribuir á la gloria literaria del ilustre Fernan Caballero, encabezando con prólogos y juicios críticos de grande erudicion la mayor parte de sus producciones. Entre tantos, habremos de citar muy particularmente á los Señores Duque de Rivas, D. Joaquin Francisco Pacheco, D. Jose Joaquin de Mora, D. Juan Eugenio de Hartzembusch, D. Antonio Cavanilles, D. Eugenio de Ochoa, D. Gabino Tejado, D. Emilio de Olloqui, D. Manuel Cañete, D. Francisco Flores Arenas, D. José Fernandez Espino, D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, D. Cárlos Muñoz y Barroso, D. José Maria Antequera, D. Fermin de la Puente y Apecechea, y D. Antonio Aparisi y Guijarro.

Digitized by Google

La justa reputacion del gran novelista Fernan Caballero ha sido tambien aumentada por el estudio detenido y por la juiciosa crítica que han hecho de sus obras extranjeros tan competentes, como Mrs. de Mazade, de Latour, Germond de la Vigne y Augusto Dumas. El sabio aleman Fernando Wolf; el eminente crítico de la célebre publicacion británica, «*Edimbourgh Review;*» el anglo americano Ticknor, tan benemérito de la literatura española, y otros varios, se han distinguido por el celo en dar á conocer las producciones populares de nuestra esclarecida autora.

La mejor prueba de la aceptacion con que el público ha recibido siempre las novelas de Fernan Caballero, son las numerosas ediciones que se han hecho en España y fuera de ella. Aun sin contar las particulares de esta ó de aquella produccion determinada, y omitiendo referir las que han visto la luz pública en los folletines de diferentes periódicos, se han multiplicado las ediciones de una manera muy notable, especialmente durante estos últimos años. Conócense hasta el dia ocho versiones al francés, tres al aleman, una al bohemo, otra al holandés, otra al inglés, y otra, finalmente, al ruso. Así los periódicos de estas naciones, como los de Bélgica, Italia y América, han insertado en sus columnas las mas escogidas, entre las bellísimas composiciones de Fernan Caballero, haciendo cada dia más conocido su nombre en los pueblos cultos de ambos continentes.

Esta inmensa popularidad contrasta de una manera admirable con la modestia de la ilustre escritora, que, mientras le duró la vida, se negó obstinadamente á facilitar datos para poder extender con seguridad algunos apuntes biográficos. Llegó á tal extremo esta indiferencia por todo lo que debia enaltecer justamente su alta reputacion literaria, que habiéndose traducido en Bélgica una de sus obras, titulada «*Relaciones Populares,*» para que sirviese de texto en las escuelas, el gobierno de aquella nacion tuvo á bien honrar á Fernan Caballero con la Cruz de Leopoldo. Recibidos el diploma y la condecoracion en el ministerio de Estado de España, se contestó de real órden al gobierno de Bélgica, que era imposible á Fernan Caballero aceptar el honor que se le queria dispensar, porque se trataba, no de un hombre sino de una señora.

Desgracias de familia y reveses de la fortuna obligaron á D.ª Cecilia Böhl á abandonar, en el año de 1856, la ciudad del Puerto de Santa María, donde residiera largo tiempo, antes y despues de la muerte de

Digitized by Google

su padre. Entónces fué cuando S. M. la reina D.ª Isabel 2.ª, admiradora entusiasta de las producciones literarias de Fernan Caballero, le concedió, para que la habitase, una de las casas situadas en el patio de las Banderas, perteneciente al Real Patrimonio. Asi es como á la sombra del antiguo alcázar de Abdalazis, S. Fernando y D. Pedro el Justiciero, escribió nuestra autora la mayor parte de las composiciones, que harán eterna su memoria entre los amantes de las bellas letras.

En la imposibilidad de emprender ahora el análisis crítico de todas ellas, nos limitaremos á decir que respiran la gracia, sencillez y verdad, características de las costumbres andaluzas. Fernan Caballero escribe con arte, pero sin artificios literarios. Es natural en sus descripciones; tiene exactitud en la exposicion de los hechos; usa de delicadeza y propiedad en las imágenes y caracteres de los personages que retrata; y, por último, nótase en la narracion cierto espíritu de candor y bondad, que llega al lector como un perfume oloroso en todos sus escritos. Un poeta diria que estos escritos embalsaman la atmósfera con el aroma de los vergeles sevillanos. Las imaginaciones femeninas son indudablemente las que tienen más instinto estético; y hé aquí la razon de que la verdad de sus producciones resulte más simpática, fecunda y rica en poesía que la de los hombres; porque tiene más creencias, y está más sentida y ménos analizada en sus extremos. Fernan Caballero poseia, como nadie, el don particular de pintar nuestras costumbres bajo su verdadero punto de vista. La moral de todas sus novelas es franca y resuelta, sin aliños de formas, ni puerilidades de estilo; siguiendo el instinto universal del pueblo, y todos los impulsos nobles de las creaciones del génio, cuya esencia es la llaneza de la inspiracion primitiva. Sus obras estan llamadas á egercer la más sana influencia en el interior de las familias, y en la verdadera y legítima reforma de la sociedad, estudiando en lo que ha sido y es ahora, lo que debe ser para lo futuro. Teniendo todo esto en consideracion, podemos vivir seguros de que cuando caigan en olvido muchos de nuestros escritores contemporáneos, nacionales y extranjeros, el autor de «*La Gaviota,*» «*Clemencia,*» «*Lágrimas*» y «*La Familia de Alvareda,*» será uno de los pocos que sobrenaden; porque sin su lectura no podrán estudiarse á fondo, ni comprenderse bien, las costumbres españolas del presente siglo. Morimés le ha llamado *el Sterne español.* Hubbart ha dicho que Fernan Caballero era un *Chateaubriand femenino, místico, apasionado y batallador como él.* Mr. de Latour escribia, no hace mucho tiempo: «Fernan Caballero,

opuesta á las revoluciones, hizo inconscientemente una revolucion en la novela española. Prescindiendo del *Quijote*, que es no solo la novela de España por excelencia, sino tambien la España en sí misma, el país de Quevedo y de Hurtado de Mendoza no tenia en su novela mas que el género picaresco, y relativo á lo más ínfimo de las costumbres populares. Por el esfuerzo de la imaginacion, noble y elevada; por los recursos de una observacion delicada y firme; por su arte de ver claro y bien decir, que es el natural privilegio de las mujeres superiores, la *Fernan* supo elevar el cuadro ordinario de la existencia humana á la altura de un drama casto, á la vez atractivo y apasionado, en que se remontan hasta lo ideal las situaciones habituales de la vida.»

Fernan Caballero contribuyó por su parte, igualmente, á la moralizacion del pueblo, con la sana doctrina que abunda en sus producciones, y con las prácticas religiosas que inculcaba en ellas, propias de los piadosos sentimientos de su alma. De la caridad decia (escribiendo para los niños en la «*Biblioteca de la familia cristiana:*») Piensan muchos que la caridad consiste en dar dinero; y para no ejercitarla, se excusan diciendo que no lo tienen; pero no es así: la caridad no se halla en la bolsa; está en el corazon... Pobres hay que son grandemente compasivos y bienhechores de sus semejantes. Nadie, pues, se crea dispensado del deber (que es el más dulce despues del de amar á Dios) de amar á su prójimo, ayudarle, consolarle y darle, cuando otra cosa no sea, su compasion y sus lágrimas ¿Podrá expresarse de un modo más profundo, á la vez que tierno y sencillo, lo que es la caridad? Acaso no sea posible, teniendo en consideracion la corta inteligencia de los niños, á quienes se proponia instruir, dedicándoles aquel opúsculo.

Las producciones literarias de Fernan-Caballero han sido publicadas con licencia de la autoridad eclesiástica, para quitar todo escrúpulo sobre la pureza de su ortodoxia. Tanto estas obras, como los muchos artículos religiosos, que ha dado á la estampa en las columnas de diferentes diarios, acreditan hasta la evidencia que sus ideas eran eminentemente católicas, habiendo trabajado con infatigable constancia, dentro del límite que se habia trazado desde que empezó á escribir para el público, en impugnar las teorías de los enemigos de Jesu-Cristo. Como prueba de esta verdad, oigamos su voz autorizada, combatiendo en el referido libro al racionalismo en materias de fé y prácticas religiosas. «En este siglo (dice) son combatidas, y su peor enemigo es »el racionalismo, constante adversario de la fé. La fé hace á nuestro co-

»razon bastante grande, para que quepa en él el convencimiento de to-»das las maravillas de Dios, de toda su clemencia, y de su comunica-»cion con la noble criatura, que formó á su imagen y semejanza. El ra-»cionalismo, por el contrario, achica y contrae de tal suerte nuestro »corazon, (que es lo único bueno que tenemos) que solo cabe en él lo »que pasa por el pequeño cáuce de nuestra limitada comprehension.»

La venta de las casas del Real Patrimonio hizo abandonar á D.ª Cecilia su habitacion en el patio de las Banderas, trasladandose, en el año 1868, á su última morada en la calle de Juan de Burgos. Allí dió las pruebas más relevantes de sus virtudes cristianas, dedicada exclusivamente á la oracion, al ejercicio de la caridad y al estudio. La muerte vino á interrumpir estas pacíficas tareas, anunciándose, desde mediados de Febrero del corriente año, con una reagravacion progresiva de sus achaques habituales. Ella misma, que nunca se forjó ilusiones sobre su verdadero estado, pidió los auxilios postreros de la religion, recibiendo en el dia 2 de marzo el Viático y la Extremauncion con tales afectos de ternura, que hizo derramar copiosas lágrimas á todos los concurrentes.

Agravándose de dia en dia la situacion penosísima de la ilustre enferma, su morada obtuvo el singular honor de acojer en diferentes ocasiones á S. M. la Reina D.ª Isabel II y á los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier, que quisieron dispensar personalmente afectuosos consuelos á la anciana moribunda. Esta conservó hasta los últimos instantes toda la integridad de su despejado entendimiento.

Tres dias antes de fallecer, fué á visitarla un amigo, á quién no veia desde el principio de su enfermedad, por haber estado ausente. «¿Hay en Cantillana (le preguntó) arboles y arroyos?» Y como le respondiese afirmativamente, añadió Fernan-Caballero, con un acento tristísimo y á la vez solemne: «Yo siempre he admirado en las bellezas de la creacion la mano omnipotente de Dios; pero ya todo acabó para mí en el mundo. Existirán sobre la tierra prados amenos, matizados de flores....; mas para mí será lo mismo que si la mano de Dios los hubiera destruido. Solo espero conocer á mi Hacedor por su infinita misericordia.» Tomando pretesto de estas palabras el amigo, le recordó aquellas célebres de Santa Teresa de Jesus: «Tan alta vida espero, que muero porque no muero.» D.ª Cecilia, despues de un corto momento de suspension, contestó á su afectuoso amigo: «Yo no puedo repetir eso, porque carezco de las virtudes de Santa Teresa

Digitized by Google

de Jesus. ¡O padecer, ó morir! diria unicamente con la Santa.»

Próxima ya su última hora, la ilustre enferma no quiso comunicar sino con su confesor y alguna que otra persona encargada de su inmediata asistencia. La noche anterior al dia de su muerte, preguntó con cierta ansiedad al primero: «¿Cuando acaba esto?» Y como el confesor le respondiese: «Que aûn no era todavía la volnntad de Dios,» exclamó, apretando sus manos, cruzadas sobre el pecho, y levantando hácia el cielo los ojos: «Cúmplase en mi, Señor, ahora y siempre vuestra santa y adorable voluntad.»

Con tan buenas disposiciones, repitiendo continuamente los nombres dulcísimos de Jesus, Maria y José, y abrazada tiernamente á un Crucifijo, exhaló el último aliento, entregando su alma á Dios para gozar de la eterna bienaventuranza, como creemos piadosamente. Eran las diez de la mañana del dia 7 de Abril de 1877.

«Dichoso aquel (debe decirse aquí ahora con D. Eduardo Gonzalez Pedroso); dichoso aquel que puede, trenzando las lozanas flores de su ingenio, formarse una guirnalda, con que entrar coronado en el cielo! ¡Dichoso aquel, de quien, como de Fernan Caballero, se puede decir indistintamente, que sus obras son buenos libros y buenas acciones!»

Los funerales de D.ª Cecilia Böhl se celebraron en la iglesia parroqnial de Santa Maria Magdalena, cumplidas veinte y cuatro horas despues de su fallecimiento. Oigamos sobre el particular á D. Ramiro Franco, representante del periódico de Madrid, titulado «*La Ilustra cion Española,*» en carta al director del mismo. «El dia, dice, era triste y lluvioso, como si el cielo hubiese qnerido derramar lágrimas de pena, por la que fué en la tierra un angel de caridad. El respeto, la religiosa deferencia, la presion (digamoslo así) que egercia en vida la incomparable Cecilia sobre todos los que tenían la dicha de tratarla, debieron de mostrarse tambien en el momento de dar sepultura á su cadaver: nadie pronunció una sola palabra, en testimonio público de que las letras estaban de luto...¿Fué disposicion de la finada? Quiero creerlo así, porque en otro caso sus amigos no mereciamos tal nombre. Y me refiero particularmente á aquellos que debieran ser los primeros en darnos el ejemplo de rendir su último homenaje de admiracion y cariñoso respeto á la ilustre escritora, ante su frio cadáver. ¡Ni una corona, ni una sentida frase para tanta bondad como ella para todos tuvo! Antes, sin embargo, de cerrar el atahud, no faltó quien hiciese una muda, pero pública protesta, estrechando las heladas manos de *Fernan Caballero.*»

Digitized by Google

Sobre su sepultura, que es la individual de segunda clase, en el cementerio de S. Fernando, núm. 108 de la calle de S. Zóilo, se ha colocado una lápida con la inscripcion siguiente:



ROGAD Á DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA

DE LA SRA. D.ª CECILIA BÖHL DE FABER

Y LARREA.

(FERNAN-CABALLERO)

QUE FALLECIÓ EL 7 DE ABRIL DE 1877

A LA EDAD DE 80 AÑOS.

SUS DESCONSOLADOS SOBRINOS LE DEDICAN ESTE RECUERDO, EN MEMORIA DE SUS VIRTUDES.

El Ayuntamiento de Sevilla ha adóptado patrióticamente dos acuerdos. Por el primero, se dona á la familia de la ilustre finada terreno suficiente en el referido cementerio de S. Fernando, para levantarle un sepulcro monumental. Por el segundo, se determina que la antigua calle de Juan de Burgos, sea conocida en adelante con la denominacion de *Fernan Caballero.*

SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier han mandado construir un busto de la célebre escritora, con una sencilla inscripcion, para colocarle en el átrio de la casa donde falleció, á fin de que tengan presente su memoria las generaciones futuras.

Finalmente, varios amigos de doña Cecilia Böhl tratan de erigir, en alguna de las plazas públicas de la capital de Andalucía, un sencillo pero elegante monumento á la eminente escritora popular, gloria de España.

Digitized by Google

¡Cecilia, Cecilia! Siempre fuimos tus admiradores; la forma de tus escritos, la sana doctrina que en su fondo encerraban, producian nuestro entusiasmo; la posteridad erigirá un monumento á tu memoria.

¡Infatigable obrera de la civilizacion, el mundo apreciará tus constantes trabajos, y Dios recompensará tus virtudes!

Amiga de la humanidad, siempre te interesastes por ella, tus bellos sentimientos en todo se reflejaban; hasta los mismos animales irracionales causaban tu compasion cuando eran maltratados; guerra declarastes á los que con duro corazon les hacian daño.

Mas que mujer eras un ángel, que el Supremo Hacedor mandó á la tierra para consuelo de la doliente humanidad.

El génio brillaba en tu frente, y tu mérito resaltaba más y más por tu humildad y tu modestia.

Sepa el mundo que Fernan-Caballero no era alemana; esa gloria pertenece á España: Cecilia se incomodaba extraordinariamente cuando le decian que no era española; ella fué concebida en la perla del Occeano, en Cadiz, y nació en el mar; sus olas mecieron su cuna; hablar de Cecilia es hablar de la mar.

La misma fé que produjo la Concepcion de Murillo y el San Antonio; la misma fé que alentaba al descubridor del Nuevo Mundo, al inmortal Colon; esa misma fé tenia Cecilia, esa misma guiaba siempre á Fernan-Caballero, en todos sus escritos.

Su religion era la del Crucificado, la católica; esa religion de amor y consuelo que nos manda rogar á Dios por nuestros enemigos, esa religion que prohibe la venganza, esa religion que nos manda sembrar en esta vida para recojer en la otra; esa religion que nos aconseja conformarnos con los desprecios de la tierra, para alcanzar los aprecios eternos del Cielo.

¿Quién sino el catolicismo ha enalteeido á la mujer?

Antes se consideraba á la mujer, más quo como persona, como cosa.

Antes la mujer era una esclava, ahora la mujer debe ser señora, y el hombre no tiene ningun derecho á ser su tirano, y tiene un deber en ser su compañero.

La época de la tiranía es ya tiempo de que se concluya para no volver.

¿Quién puede negar que la inteligencia de la mujer, ilustrada por la enseñanza, sobrepuja muchas veces á la del hombre?

Fernan-Caballero es de ello una prueba.

Digitized by Google

¡Sér inteligente y exquisitamente sensible, tú mereces nuestra admiracion y nuestro respeto!

El bello sexo es más débil; por eso nosotros estamos más obligados a respetarlo y á rendirle tributo, cuando vemos que nosotros no somos capaces de llegar á la altura donde llegó la inmortal Cecilia.

La pátria de Teresa de Jesus ha sido fecunda en literatas; ¡y no habia de serlo en la tierra de la Inmaculada María!

¡Loor á Cecilia, á la distinguida literata, á la célebre novelista española!

El Obrero de la Civilizacion.


BIBLIOTECA NAZIONALE
Fondo
Napoli
551796



Digitized by Google





Digitized by Google



Digitized by Google

551797

FERNAN CABALLERO

PAR

ANTOINE DE LATOUR

Extrait du CORRESPONDANT.

PARIS
CHARLES DOUNIOL, LIBRAIRE-EDITEUR
29, RUE DE TOURNON, 29
1857

Digitized by Google

F Aosta XXXII. 25 bis

PARIS. — IMPRIMERIE SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ERFURTH, 1.

Digitized by Google

FERNAN CABALLERO

Cette admirable baie de Cadix, ces villes semées autour, ces déserts de sable coupés de riches cultures, qui s'étendent derrière les villes, ces habitations isolées au milieu des champs, ces pâturages sans limites, toute cette nature qui, dans sa fécondité exhubérante et dans ses contrastes, a gardé je ne sais quoi de la grâce un peu sauvage du monde naissant, ces mœurs à la fois naïves et fortes, ces populations assez fidèles à leurs croyances et à leurs habitudes pour dédaigner longtemps encore celles des autres peuples, devaient finir par avoir leur peintre, leur conteur, leur moraliste, un écrivain, en un mot, qui prendrait la peine de s'emparer de ces beaux paysages avant qu'un chemin de fer les gâte, de recueillir ces chansons pour les sauver de l'oubli, ces légendes pour en conserver la saveur exquise, de faire revivre enfin dans un enchaînement de scènes tour à tour familières ou graves, avec toute la variété de ses usages, de ses caractères, de ses costumes, ce petit monde à part sur lequel les progrès de la civilisation et de l'industrie commencent déjà à répandre leur teinte uniforme. Ce peintre, ce conteur, ce moraliste, est venu. Depuis quelques années, l'Espagne se montre chaque jour plus attentive aux récits d'un romancier fécond et vrai, qui fait modestement de l'Andalousie ce que Walter Scott a fait avec tant d'éclat de l'Écosse, à savoir son domaine littéraire. Fernan Caballero a arboré sa bannière sur les rivages de l'Andalousie, comme ces anciens navigateurs de sa patrie qui, en abordant quelque île inconnue de l'océan américain, y plantaient le drapeau de l'Espagne, et en prenaient possession au nom de S. M. Catholique. Fernan Caballero aurait-il donc par hasard découvert les quatre royaumes de l'Andalousie? Non, Fernan Caballero, de tous les écrivains le moins prévenu en faveur de lui-même et de son œuvre, sait comme tout le monde, et mieux que tout le monde, que Cadix, Séville, Cordoue, Malaga et Grenade ont achevé de jouer leur rôle particulier, et que l'histoire de l'Andalousie est désormais celle de l'Espagne. Mais à côté des grandes

Digitized by Google

routes qui mènent aux capitales, il y a les sentiers ombragés et parfumés qui mènent aux villages, et dans l'Andalous il y a l'homme. Sous ce beau ciel, au milieu de cette nature splendide, cet homme et cette nature qui s'appartiennent si bien l'un à l'autre, voilà ce que Fernan Caballero a jugé digne d'être étudié de près; ou plutôt ayant eu toute sa vie ce spectacle sous les yeux, il s'est senti le goût, il s'est trouvé le talent de le reproduire, et c'est la vérité de ses tableaux qui en fait surtout le charme et l'heureuse nouveauté.

Fernan Caballero n'a écrit que des romans de mœurs, des nouvelles ou de simples scènes populaires. Ses diverses compositions ne diffèrent guère les unes des autres que par l'étendue, et il lui est arrivé plus d'une fois de mettre dans un trait raconté en vingt pages toute l'étoffe d'un roman. Quoi de plus complet, par exemple, que le tout petit récit qui a pour titre : *Se taire durant la vie et pardonner en mourant?*

Le roman, depuis Cervantes, mais en exceptant ce grand écrivain, n'a jamais jeté un bien vif éclat dans la littérature espagnole. Je ne sais même s'il faut citer à part le roman picaresque, genre amusant, mais restreint, et dont le chef-d'œuvre, *Lazarillo de Tormes*, est demeuré inachevé. En général, cette épopée familière que nous appelons le roman ne paraissait pas faite jusqu'ici pour le génie espagnol, qui est surtout poétique, lyrique même, et porté au grand. Il se plaisait trop aux paroles héroïques, aux graves sentences, aux ardeurs de l'extase, aux généralités sonores, pour avoir pris goût de bonne heure à ces détails précis de la vie ordinaire, à ces fines analyses de la passion et des caractères dont se nourrit le roman; et, sous ce rapport, le Don Quichotte n'est pas seulement la satire de la chevalerie errante et de ses poëmes extravagants, il est bien aussi un peu la critique détournée de ces grandes échasses où se hausse volontiers l'orgueil castillan, et voilà peut-être pourquoi les Espagnols, qui estiment infiniment leur Don Quichotte, l'aiment je crois, dans le fond, un peu moins que nous ne l'aimons.

La littérature espagnole a produit d'ingénieuses satires, par exemple, le *Fray Gerundio* du père de la Isla et le *Gran Tacaño* de Quevedo, d'agréables pastorales comme la *Diane* et la *Galatée*, quelques nouvelles intéressantes; mais un écrivain qui, après avoir longtemps observé les hommes, éprouvât le besoin de les peindre, et réussît à retracer la vie humaine dans des tableaux où tout le monde, y compris la nature, aime à se reconnaître, c'est là, si je ne me trompe, ce que l'Espagne n'avait pas encore eu, et ce que Fernan Caballero est parvenu à lui donner.

Seulement, et à l'exemple de tous les peintres vrais, il circonscrit avec soin son paysage, son drame, ses personnages, le milieu, en un

Digitized by Google

mot, où s'anime sa pensée. Il aime, comme un autre, les horizons lointains, mais il se contente de les marquer d'un trait, réservant ses couleurs pour donner plus de relief à ce qu'il sait pour l'avoir vu de près. Je l'ai dit et le répète, Fernan Caballero est surtout le peintre de l'Andalousie.

J'ai nommé Walter Scott, non pour dire qu'il lui soit né un rival dans un coin de l'Espagne, mais parce que j'ai cru trouver entre ces deux écrivains de frappantes analogies.

Walter Scott, en écrivant *Waverley* et souvent depuis, se plaignait déjà que les mœurs anciennes fissent place aux habitudes nouvelles, que l'Écosse abandonnât jusques au costume de ses pères, et il ajoutait qu'avant un demi-siècle, dans les rues d'Édimbourg, le plaid et la claymore seraient des antiquailles qui attireraient l'attention, il n'osait dire la raillerie. Fernan Caballero a précisément affaire à une époque toute pareille, époque aussi de transition, où l'Andalousie travaille à dépouiller son vieux costume avec une partie de ses croyances et de ses mœurs séculaires, et il peint cette époque avec une sympathie où l'on sent la crainte secrète de voir s'effacer les modèles qui posent encore devant ses yeux, mais qui demain peut-être auront disparu. Et, comme c'est d'ordinaire par la tête que la transformation commence, il s'attache surtout à peindre le peuple demeuré plus fidèle à ses traditions et à ses habitudes. C'est dans ce sens qu'il a pu écrire avec une parfaite justesse :

« Depuis que je suis ici en contact si intime avec le peuple, je me suis convaincu que c'est chez lui que réside toute la poésie de l'antique Espagne et de ses chroniques. Les croyances du peuple, son caractère, ses sentiments, tout porte le sceau de l'originalité et de la poésie. Son langage surtout peut se comparer à une guirlande de fleurs. Des comparaisons très-fines, des proverbes vifs et d'une vérité profonde, des contes sublimes quand ils touchent à la religion, ou petillants de sel, des couplets et des chants de la plus délicate poésie: voilà les fleurs dont se compose presque toujours cette guirlande. Le peuple andalous est élégant dans sa démarche, dans sa manière de se vêtir, dans son langage, dans ses sentiments[1]. »

Mais, si Fernan Caballero éprouve pour le peuple andalous une si vive sympathie, il n'est pas de ces écrivains hargneux qui n'aiment les petits que de la haine qu'ils ont pour les grands. Nul n'est entré plus avant dans les misères du riche, nul ne sent avec plus de délicatesse les richesses de la pauvreté. Mais ce peuple qu'il aime parce qu'il le comprend, il voudrait surtout le préserver des enseignements pervers.

[1] *L'un dans l'autre.*

Digitized by Google

Il l'invite à garder sa pauvreté comme un trésor qui lui garantit la longue possession de tous les autres. Il a écrit quelque part :

« Cette digression pourrait ressembler à l'un des plaidoyers modernes en faveur des criminels et de la classe pauvre, et qui ne sont qu'une arme nouvelle, ou une semence révolutionnaire qui portera ses fruits comme tant d'autres! Je préfère de beaucoup le denier de la veuve à cette philanthropie bruyante qui, au lieu de semer de bons sentiments de modération, de paix et de résignation dans le peuple, n'y répand qu'un mauvais levain qui révolte le pauvre contre sa situation sans l'améliorer[1]. »

Si on regarde maintenant à la manière des deux romanciers, les ressemblances frapperont plus encore.

En ce qui est du style en général, aussi peu de prétention d'un côté que de l'autre. Ce naturel courant et limpide qui entraîne le récit de Walter Scott a fait dire à quelques critiques que ce peintre admirable des mœurs et des caractères n'avait pas un style qui lui fût propre. Je ne serai nullement surpris le jour où l'on dira que Fernan Caballero, cet autre peintre si remarquable des caractères et des mœurs, n'a pas non plus un style à lui.

Walter Scott a introduit dans le monde une foule de créatures vivantes, et les figures qu'il imagine n'ont pas moins de réalité et parfois de grandeur que celles qu'il emprunte à l'histoire. Je ne sais si Fernan Caballero invente beaucoup. Il ne fait, dit-il, que se souvenir, et tous les personnages qu'il met en scène, il les a connus, pris sur le fait, vus à l'œuvre pour ainsi dire, et il ne fait que les rendre à la société qui les lui a prêtés. Mais Fernan Cabellero oublie, dans sa modestie, que l'invention n'est que la mémoire qui sait choisir, et que, en fait de caractères, inventer ou découvrir, c'est tout un. Je le tiens donc pour le père très-légitime de ses héros. Ils vivent comme ceux de Walter Scott, et j'entends en faire un grand éloge en ajoutant qu'ils dialoguent parfois comme ces derniers.

On a remarqué le soin minutieux que Walter Scott met à décrire le costume de ses personnages; il porterait même dans ce genre de description une manie d'antiquaire. Fernan Caballero, qui a droit à la même louange, mériterait assurément le même reproche, si ses acteurs plus simples et pris dans un milieu plus humble ne le sauvaient par là de la tentation de s'arrêter trop à les peindre dans les plus petits détails.

La passion de Walter Scott pour les vieilles traditions de son pays a rempli sa mémoire de fragments d'anciennes ballades, dont il aime à semer ses récits et les discours de ses héros. C'est où triomphe aussi

[1] *L'une dans l'autre.*

Digitized by Google

Fernan Caballero. On se demande, en le lisant, où il est allé prendre ces traditions populaires, ces débris d'antiques romances, ces couplets d'un tour si original, ces proverbes rimés qui dessinent si bien le personnage, et donnent plus de vérité au dialogue en le marquant d'un trait plus vif. Walter Scott avait, dit-on, réuni de ces poésies naïves une collection précieuse. Fernan Caballero possède dans ce genre des archives non moins riches; à tout ce que son père, l'érudit passionné, don Juan Nicolas Böhl de Faber, avait amassé pendant sa vie, il a ajouté ses propres trouvailles, et il n'épargne rien pour les augmenter. S'il entend un aveugle chanter dans la rue quelque romance qu'il ne connaisse pas, il l'arrête aussitôt, et tout ce qu'il recueille ainsi à tout vent se classe dans sa mémoire, pour se retrouver, à l'occasion, sous sa plume.

Mais la meilleure analogie qu'il ait avec Walter Scott, c'est ce parfum d'honnêteté, c'est ce goût des choses innocentes, c'est l'horreur pour le vice, même quand le vice a une certaine grandeur. On permet aux jeunes filles la lecture des romans de Walter Scott : on leur conseillera celle des romans de Caballero. Elles y trouveront le crime partout réprouvé, partout la vertu en honneur, et les passions elles-mêmes, sans rien perdre de leur énergie dans le tableau qui en trace au lecteur la dramatique image, y sont toujours entourées de la terreur salutaire que les moins dangereuses doivent inspirer.

A côté de nombreuses analogies, les différences ne sont ni moins grandes, ni moins nombreuses. Je me bornerai à en signaler deux, la première toute littéraire et à l'avantage du romancier écossais. Les œuvres de Fernan Caballero n'ont pas les savantes proportions, les immenses perspectives de celles de Walter Scott. Il n'a pas le goût, peut-être n'a-t-il pas le génie de ces puissantes machines au sein desquelles se meut à l'aise tout un monde. Les romans de Scott sont de vastes tableaux d'histoire; ceux de Caballero, souvent aussi vrais, parfois non moins dramatiques, ne sont guère que des tableaux de genre. C'est encore une assez belle gloire, puisque, dans leurs proportions réduites, ces tableaux ont un rare mérite. Mais, hâtons-nous de le dire, ils témoignent d'un essor moins large, d'un souffle moins hardi, d'un art moins consommé.

La seconde différence est surtout morale, et Fernan Caballero serait le premier à la revendiquer, si je la passais sous silence. On a reproché à Walter Scott une sorte d'indifférence religieuse; elle n'atteint pas chez lui le moraliste, elle laisse à l'Anglais, à l'Ecossais surtout, sa vraie physionomie. L'écrivain espagnol, en devenant sceptique, perdrait, à coup sûr, le trait le plus caractéristique de la sienne. Fernan Caballero, catholique ardent, porte partout avec lui sa croyance; elle est de moitié dans toutes ses impressions, elle échauffe la narration

sous sa plume, prête un lointain sublime à ses moindres esquisses, une sorte de gravité évangélique à ses plus humbles personnages ; et quand je dis catholique, j'entends dire catholique espagnol, aimant tout de la foi de ses pères, ses grandeurs d'autrefois comme ses misères d'aujourd'hui. Il y a bien ici un peu d'exagération, mais cette exagération est sincère et naïve, et s'expliquerait, au besoin, par la réaction d'une âme honnête en faveur d'un passé brutalement méconnu. Qu'importe, d'ailleurs, si l'âme se sent élevée par cette exagération même, et si, en définitive, le récit s'en trouve bien?

Sur un point cependant, Fernan Caballero est moins Espagnol qu'il ne l'est sur tout le reste, il n'aime pas les courses de taureaux. Ami passionné des animaux, il détourne les yeux avec horreur de ces boucheries odieuses où la vieillesse du cheval est livrée sans pitié, en récompense de ses anciens services, à la corne irrésistible du taureau, qui lui-même, au bout d'un quart d'heure, ira expier sous l'épée le meurtre auquel on l'a provoqué. Toutes ces cruautés si ingénieusement combinées remplissent Caballero d'une indignation partout répandue dans ses livres. Si Théophile Gautier se rencontre alors sous sa main, je le plains; on ne lui saura pas le moindre gré d'être, sous ce rapport, plus Espagnol que l'Espagne.

Cette répugnance instinctive de Fernan Caballero est partagée, en Espagne, par un certain nombre d'âmes sincères, qui commencent à craindre que le goût recrudescent des courses de taureaux ne fasse, à la longue, de leurs compatriotes, ce que le cirque avait fait des Romains, et ne les accoutume à regarder froidement le sang couler comme l'eau, mais, il faut l'avouer, ces âmes délicates sont en minorité, et dans l'autre camp se trouve à peu près tout le monde.

Le clergé lui-même est souvent de ces fêtes. La plupart des prêtres s'abstiennent d'y paraître par un juste sentiment de la dignité de leur robe, mais d'autres ne croient manquer à aucun devoir en s'y montrant. J'ai connu un ancien augustin, bon prêtre et prédicateur distingué, si amoureux de ces jeux sanguinaires, qu'avant de prendre un engagement, il s'informait d'abord s'il n'y avait pas de course, et un jour qu'il s'était trompé, ou qu'on l'avait trompé, ayant entendu de la chaire même le bruit lointain de la place, il se sentit comme enivré de ces rumeurs connues, et perdant, hélas! le souvenir du doux crucifié, il précipita sa péroraison, et sortit tout ému, comme s'il courait au chevet d'un mourant. J'ai connu un autre prêtre, celui-là homme énergique, qui avait tiré l'épée dans la guerre civile, et qui ne pouvait sans s'attendrir parler d'un taureau égorgé par le matador. Depuis sa première jeunesse il n'allait plus au cirque, mais ce n'était pas l'horreur du sang qui le retenait. Propriétaire de vastes pâturages dans la Sierra-Morena, il aimait ses taureaux comme une bergère s'attache

à ses brebis; il eût trouvé fort bon que la bête prît la vie de l'homme qui lui demandait le sienne, et riche laboureur, le sang versé pour amuser la foule lui semblait une folle et sotte prodigalité. Mais revenons à notre romancier.

Fernan Cabellero décrit l'Espagne avec une tendre et profonde sympathie. Il a surtout, au plus haut degré, le sentiment de la nature andalouse, des jours rayonnants de cette contrée, de ses nuits étoilées, de ses solitudes bibliques. L'Andalous lui apparaît comme le fruit le plus naturel, comme le maître prédestiné de ce riche domaine; mais il voit et juge l'un et l'autre en observateur qui a traversé autrefois la France, qui a entrevu l'Angleterre, et qui a même, si je suis bien informé, du sang allemand dans les veines. De ces lointaines excursions il est revenu le cœur plus profondément que jamais attaché au sol natal, mais l'esprit désormais fermé aux impressions mesquines, et le sentiment du contraste s'est glissé sans bruit dans l'observation pour la rendre à la fois plus sûre et plus vive.

Dans un des ouvrages dont l'auteur nous occupe, le héros du roman, un jeune médecin allemand, amené par les hasards de la destinée dans un vieux couvent de l'Andalousie, entend tout à coup une petite pêcheuse de la côte chanter une de ces vieilles romances, qui, le soir, dans les champs, surtout au bord de la mer, pour peu que la voix ait certaines notes mélancoliques, produisent un effet si extraordinaire.

« Elle avait à peine achevé de chanter, que Stein, qui avait l'oreille excellente, saisit sa flûte et répéta note pour note la chanson de Marisalada; ce fut alors au tour de celle-ci de s'arrêter étonnée, absorbée, de tourner la tête de tous côtés, comme pour chercher d'où partait l'écho qui lui rendait si fidèlement sa chanson.

« — Ce n'est pas l'écho, s'écrièrent alors toutes les petites filles ensemble, c'est don Federigo qui souffle dans un roseau troué[1]. »

Eh bien, dans les récits, dans les discours, dans les portraits, surtout dans les digressions de Fernan Caballero, on sent l'écho lointain de cette flûte allemande se marier à la voix à demi sauvage qui chante la romance espagnole. On ne saisit pas bien les traits du modèle le plus familier, si on ne l'a d'abord observé à distance, si par la pensée on ne l'a comparé à un autre. On ne peint bien certaines mœurs qu'à la condition d'en avoir connu d'autres qui ne leur ressemblent pas.

J'ai parlé de digressions; Fernan Caballero les aime et s'y livre volontiers; mais dans ses livres, elles sont aussi courtes que fréquentes, et, au lieu de refroidir l'intérêt, c'est souvent comme un coup de fouet donné au récit ou au dialogue. Un peu de malice y perce au besoin, mais une

[1] La *Gaviota*.

malice toute bienveillante. Fernan Caballero aime passionnément l'Espagne; il la préfère à toute autre contrée, mais il sait la peindre assez belle pour n'avoir pas besoin de relever son pays en calomniant celui des autres : et, s'il introduit dans ses ouvrages des Français ou des Anglais, leurs portraits, parfois peu flattés, sont bien rarement des caricatures.

Je voudrais maintenant faire connaître quelques-uns des ouvrages de Fernan Caballero. Quoiqu'il ait observé le monde et sache le peindre avec grâce, et quelquefois, comme dans *Lágrimas*, avec une verve étincelante, je choisirai de préférence ceux de ses romans où c'est surtout le peuple qu'il a mis en scène; je me bornerai le plus souvent à de simples analyses, et quand je traduirai, ce sera avec le dessein de compléter et de contrôler mes propres dires, en détachant çà et là quelques descriptions sobres, mais complètes, quelques récits rapides, quelques scènes courtes et animées, faites pour laisser dans l'esprit du lecteur une image à la fois plus juste et plus émue des lieux que moi-même je me suis ailleurs attaché à peindre.

Fernan Caballero a écrit longtemps avant de rien publier, et il y a neuf ou dix ans à peine qu'il offrait son premier ouvrage au public. Il avait rédigé la *Famille Alvareda* sous l'émotion toute vive du récit d'un témoin. Puis il l'avait donnée à lire à Washington Irving, qui traversait par hasard Séville, et le suffrage du célèbre compatriote de Fenimore Cooper avait suffi à son ambition. Plus tard, quand il rechercha la renommée, il imprima, non pas la *Famille Alvareda*, mais un autre roman, d'abord, je crois, écrit en français, la *Gaviota*.

La Gaviota est le nom que donne à la mouette, dans le midi de l'Espagne, le peuple des côtes de l'Océan. C'est le surnom pittoresque que Fernan Caballero a donné à l'héroïne de son roman. Ce roman est l'histoire de la fille d'un pêcheur, nature sauvage, rétive, fantasque, perverse au fond. Mais une voix admirable unie à quelque beauté fera de cette nature vulgaire une femme courtisée et enviée, une cantatrice applaudie. Elle trouvera un mari qu'elle trompera, elle sera adorée d'un grand d'Espagne qu'elle sacrifiera à un torero. Puis, après avoir perdu voix, beauté, jeunesse et fortune, humiliée et flétrie, elle reviendra effrontément au pays où elle a laissé mourir sans secours son vieux père, heureuse encore de devenir la compagne misérable et hargneuse d'un petit barbier méprisé. Ce caractère est tout le roman; mais il est admirablement dessiné, et se développe avec une vigueur singulière dans une succession de faits qui naissent et s'enchaînent avec cette inexorable logique qui est l'art et le secret des vrais romanciers. Le roman conduit le lecteur à Séville et à Madrid, mais il s'achève où il a commencé, mais il revient toujours sur les bords de la mer. dans le comté de Niebla, parmi ces déserts

Digitized by Google

de sables, de loin en loin semés de pins, de chênes-liéges, de palmiers-nains, qui s'étendent entre les bois de doña Ana et la ville de Huelva.

Voici l'ensemble du paysage :

« Stein se promenait un jour devant le couvent, en un lieu d'où l'on découvrait une perspective immense et uniforme; à droite la mer sans bornes; à gauche la dehesa sans fin; au centre, se dessinait dans la clarté de l'horizon le sombre profil du fort en ruines de Saint-Christophe, comme l'image du néant au milieu de l'immensité. La mer, que n'agitait pas le plus léger souffle, se balançait mollement, soulevant sans effort ses vagues que doraient les reflets du soleil, comme une reine qui laisse flotter son manteau. Le couvent avec ses grandes lignes sévères et arrêtées était en harmonie avec ce grave et monotone paysage; sa masse cachait l'unique point de l'horizon dérobé au regard dans ce panorama uniforme.

« Sur ce point se trouvait le village de Villamar, situé au bord d'une petite rivière aussi abondante et turbulente en hiver qu'elle était pauvre et croupissante en été. Les environs bien cultivés présentaient de loin l'aspect d'un damier dont les carrés offraient une extrême variété de verdure : là le jaune vert de la vigne encore couverte de ses feuilles; ici le vert cendré d'un champ d'oliviers, ou le vert émeraude du blé que les pluies d'automne avaient fait pousser, ou le vert sombre des figuiers, le tout divisé par le vert azuré des haies que formaient les aloës. A l'embouchure de la rivière croisaient quelques barques de pêcheurs; sur un tertre, voisin du couvent, se dressait une chapelle; devant cette chapelle, une grande croix s'élevait sur un grand piédestal de maçonnerie, en forme de pyramide; derrière s'étendait un enclos couvert de croix peintes en noir : c'était le cimetière.

« A la croix était suspendu un fanal toujours allumé; et la croix, emblème de salut, servait de phare aux mariniers; comme si Dieu eût voulu rendre la parabole sensible à ces simples habitants de la campagne, de la même manière qu'il se manifeste journellement aux hommes d'une foi robuste et soumise, dignes de cette grâce [1]. »

Voilà le paysage dans son ensemble; mais il faut approcher. Chacun des détails qui le composent se détache plus nettement à mesure qu'on avance, et à mesure aussi que le sujet y conduit le lecteur, il sera peint de traits bien précis. Ce couvent, ce village, cette rivière, cette chapelle, cette croix, existent-ils? Je ne sais. Mais j'en ai tant vu qui leur ressemblent, qu'ici surtout, j'en suis convaincu, le romancier se sera borné à regarder dans sa mémoire. Qui n'a vu, par exemple, en Andalousie, vingt couvents comme celui de Villamar?

« Ce couvent était un de ceux qui, à une autre époque, somptueux, riches, hospitaliers, donnaient du pain aux pauvres, soulageaient les misères et

[1] La *Gaviota*.

guérissaenit en même temps les maux de l'âme et ceux du corps. Maintenant, abandonné, vide, pauvre et démantelé, mis en vente pour quelques chiffons de papier, il ne s'était trouvé, même à ce prix, personne qui voulût l'acheter.

« Ce clocher, dépouillé de son ornement légitime, se dressait comme un géant mort qui aurait vu s'éteindre dans ses orbites vides la lumière et la vie. En face de l'entrée on voyait encore une croix de marbre blanc qui, penchée sur son piédestal à demi détruit, semblait s'affaisser sous le poids de l'abattement et de la douleur. La porte, naguère encore toute grande ouverte et à tout le monde, était maintenant fermée [1]. »

Voilà l'extérieur du couvent. Au lieu des moines qui l'habitaient, on ne trouve plus dans ces vastes édifices que l'humble famille d'un laboureur. Seulement, ces vieilles murailles ont retenu un parfum de sainteté chrétienne qui s'est communiqué à ces bonnes gens. Un des anciens moines, resté au milieu des nouveaux maîtres, d'abord souffert par eux, oublié dans un coin du monastère, puis aimé de tous et peu à peu devenu de la famille, atténue l'idée odieuse de la dépossession violente, et fait une part à la tradition des lieux. Une scène admirable que j'essayerai de traduire introduira le lecteur dans ce milieu plein d'émouvants contrastes :

« ..... Stein se remit sur ses jambes, s'achemina comme il put vers la porte, et frappa avec une pierre. Un aboiement lui répondit; il fit un nouvel effort pour réitérer son appel, et tomba évanoui sur la terre.

« La porte s'ouvrit, et deux personnes parurent sur le seuil. D'abord une jeune femme, qui dirigeait la lumière d'une petite lampe qu'elle tenait à la main vers un objet qu'elle apercevait à ses pieds, s'écria :

« — Jésus Marie ! ce n'est pas Manuel; c'est un inconnu, et il est mort! Que Dieu ait pitié de nous !

« — Secourons-le ! s'écria l'autre personne, qui était une femme très-âgée, très-proprement vêtue. Frère Gabriel, frère Gabriel, s'écria-t-elle en rentrant dans le patio, venez vite, il y a ici un malheureux qui se meurt.

« On entendit des pas précipités, quoique pesants. C'étaient ceux d'un vieillard de taille médiocre, dont la face débonnaire et candide annonçait une âme pure et simple. Son costume bizarre consistait en un pantalon et une large veste de bure sombre, coupés, à ce qu'il semblait, dans une robe de moine; il avait aux pieds des sandales, et sur son front chauve et luisant un bonnet de laine noire.

« — Frère Gabriel, dit la vieille, il faut secourir cet homme.

« — Il faut secourir cet homme, répéta frère Gabriel.

« — Pour Dieu, mère, s'écria la femme à la lampe, où allez-vous mettre ce moribond?

« — Ma fille, répondit la vieille, s'il n'y a plus d'autre place dans la maison, on le mettra dans mon propre lit.

1 La Gaviota

« — Et vous allez l'introduire ici, reprit l'autre, sans savoir même qui c'est?

« — Qu'importe? dit la vieille. Ne sais-tu pas le proverbe: Fais le bien et ne regarde pas à qui tu le fais? Allons, aide-moi, et la main à l'œuvre.

« Dolores obéit avec empressement et crainte tout ensemble.

« — Lorsque Manuel rentrera, ajouta-t-elle, Dieu veuille que nous n'ayons pas quelque désagrément.

« — Je voudrais voir cela, répondit la bonne vieille. Un fils trouver à redire à ce qu'ordonne sa mère!

« Tous trois se réunirent alors pour emporter Stein à la chambre de frère Gabriel; avec de la paille fraîche et une peau de mouton à toute laine on lui arrangea aussitôt un bon lit. La mère Maria tira du coffre une paire de draps grossiers, mais propres, et une couverture de laine. Frère Gabriel voulut céder son oreiller, mais la bonne vieille s'y opposa en disant qu'elle en avait deux, et qu'elle dormirait fort bien avec un seul. En un moment Stein fut déshabillé et mis au lit.

« Cependant on frappait à coups redoublés à la porte extérieure. — Voilà Manuel, dit alors la jeune femme; venez avec moi, mère, je ne voudrais pas me trouver seule avec lui, quand il apprendra que nous avons reçu ici un homme sans l'en avertir.

« La belle-mère suivit les pas de sa bru.

« — Dieu soit loué! bonne nuit, mère, bonne nuit, femme, dit en entrant un homme grand et de bonne mine, qui paraissait avoir de trente-huit à quarante ans, et qui était accompagné d'un garçon d'environ treize ans.

« — Allons, Momo, ajouta-t-il, décharge l'ânesse et mène-la à l'écurie. La pauvre Golondrina est sur les dents.

« Momo porta d'abord à la cuisine, qui était le lieu où se réunissait toute la famille, une large provision de beaux pains blancs, deux besaces remplies et la mante de son père, après quoi il disparut en entraînant Golondrina par le licou.

« Dolores ferma la porte, puis alla rejoindre dans la cuisine son mari et sa belle-mère.

« — Est-ce que tu m'apportes, dit-elle, le savon et l'amidon?

« — C'est là.

« — Et mon fil? demanda la mère.

« — J'avais bien envie de ne pas l'apporter, répondit Manuel en souriant, et en présentant à sa mère ses écheveaux de fil.

« — Et pourquoi, garçon?

« — C'est que je pensais à cet autre qui allait à la foire et que tous ses voisins chargeaient de commissions. Apporte-moi un chapeau, apporte-moi une paire de guêtres; la cousine voulait un peigne, la tante du chocolat, et avec tout cela aucune ne lui donnait un denier. Comme il avait déjà enfourché sa mule, un petit garçon s'approcha, et lui dit: J'ai de quoi acheter un sifflet, voulez-vous me l'apporter? Et, tout en parlant, il lui glissa l'argent dans la main; l'homme se baissa, prit l'argent, et lui répondit: Sois tranquille, tu siffleras! Et en effet, il revint de la foire, et de toutes les commissions il ne rapporta que le sifflet.

Digitized by Google

« — Je savais bien que tu avais les entrailles dures; mais jamais tu ne l'avais prouvé comme aujourd'hui. Va-t'en, j'ai pitié de toi, tu es un méchant, et le méchant porte son châtiment en lui-même.

« — Les vieilles ne savent que sermonner, grommela Momo en jetant à son aïeule un regard de travers.

« Mais il avait à peine achevé le premier mot, que sa mère, qui l'avait entendu, se jeta sur lui et lui appliqua un bon soufflet.

« — Apprends, lui dit-elle, à être insolent avec la mère de ton père, qui est deux fois ta mère!

« Momo courut se réfugier tout au bout du corral, où il soulagea sa colère en donnant au chien une volée de coups de bâton [1]. »

Dans la *Gaviota*, Fernan Caballero nous fait voir l'intérieur d'une famille pauvre, mais qui vit largement de son travail : c'est le petit cultivateur de l'Andalousie. Le plus considérable de ses romans après la *Gaviota*, *Clemencia* nous montre avec une vérité non moins vive l'existence patriarcale du grand laboureur.

Clemencia est une jeune veuve douée d'une belle âme, qui, livrée aux séductions d'un monde dont les élégances la charment, n'a pas reconnu l'amour vrai sous les formes peu brillantes d'un jeune cousin élevé au milieu des champs, mais qui, bientôt détrompée par une expérience douloureuse, revient d'elle-même à celui qu'elle avait éloigné, et trouve le bonheur dans sa généreuse résolution.

Menacée d'une sorte de consomption, elle vient chercher un air pur et vivifiant dans la maison de son beau-père, où, pour la première fois, elle rencontre celui qui un jour sera son second mari. Ce n'est cependant pas lui que je voudrais cette fois présenter au lecteur, mais le maître de la maison lui-même, un de ces grands laboureurs dont je parlais tout à l'heure.

« Don Martin Ladron de Guevara était un de ces gros propriétaires de l'intérieur des terres si bien adhérents à leur village et à leurs maisons, qu'on dirait qu'ils en font partie, comme des figures en bas-relief sculptées sur un mur. Il était de ceux qui, de leur vie, ne se sont occupés que de leurs chevaux, de leurs taureaux, de leur culture et des propos de leur village; de ceux qui, afin de se créer à tout prix un intérêt et une occupation, ne regardent pas à des sommes énormes pour susciter ou soutenir un procès ridicule, dont la perte, au fond, leur est aussi indifférente que le gain...

« Don Martin, au surplus, n'avait reçu aucune espèce d'instruction, sauf en ce qui est de la religion, conformément au dicton : S'il a le majorat, à quoi bon étudier et de quoi peut lui servir la science? Il n'avait donc ouvert un livre de sa vie; ce qui n'empêchait pas qu'il ne fût d'instinct et par tradition un vrai caballero, et qu'il n'eût, comme les Andalous en général, de l'esprit naturel et de l'originalité, sans compter le privilége qu'ont les

[1] La *Gaviota*.

riches de tirer parti de ces qualités, en disant tout ce qui leur vient à l'esprit.

« En homme qui sait qu'on l'écoute toujours avec respect et déférence, don Martin avait la parole nette, prompte et résolue, et il eût parlé au roi du ton dont il s'adressait au mendiant, à savoir d'un ton naturel, uni et décidé. Il avait à son service une réserve inépuisable de dictons et de proverbes dont il faisait grand usage, et qu'il appelait ses petits évangiles.

« Don Martin était aussi charitable que religieux; il donnait à pleines mains et sans ostentation, mettant si peu de prix à ses bienfaits et les oubliant si complétement, qu'il s'offensait de les entendre rappeler ou louer en sa présence, parce que donner aux pauvres, lui semblait, de la part des riches, non une vertu, mais un simple devoir de chrétien. Ne pas le faire était à ses yeux une villenie.

« Entre les traits nombreux qu'on racontait de sa générosité, celui-ci mérite d'être cité.

« En 1804, qu'on appelle l'année de la famine, année où les pauvres mouraient de besoin, et où les grains et les semences se payaient des sommes fabuleuses, don Martin avait ses greniers gorgés du produit d'une grasse récolte de *garbanzos*. Chaque jour il en faisait distribuer devant lui une partie aux pauvres; chaque enfant en emportait une tasse, chaque femme deux, et tout homme qui se présentait, trois.

« Un matin, pendant que don Martin dormait encore, son majordome l'éveilla.

« — Maître, lui dit-il, il y a ici des arrieros de Séville pressés de s'en retourner avec leur charge de garbanzos.

« — Pressés ! s'écria don Martin, voilà qui est plaisant! Dis-leur que je me lèverai à mon heure, que j'irai à la messe à mon heure, que je déjeunerai à mon heure, et qu'ensuite, quand il sera neuf heures, ils pourront me parler.

« Et don Martin se remit à dormir.

« Il se leva à son heure, fit tout ce qu'il avait coutume de faire, et à neuf heures sortit dans son patio, où les arrieros l'attendaient avec tous les pauvres qu'il secourait.

« — Dieu vous garde! dit-il de sa voix éclatante, en s'adressant aux premiers. Il paraît que vous voulez emporter d'ici des garbanzos, hein?

« — Oui, don Martin, et nous n'aurons pas de dispute sur le prix; nous apportons de l'argent pour les payer, et plus que s'ils étaient d'or.

« — Et c'est de l'or, en effet, observa le majordome. Don Alonso Prieto vient de les vendre six cents réaux la fanega.

« — Nous le savons, répondirent les âniers. Señor don Martin, vous aurez du foin dans vos bottes cette année.

« — Je regrette cependant d'avoir à vous dire que vous avez fait un voyage inutile; je ne puis vous vendre ces garbanzos, par la raison qu'ils ne sont pas à moi.

« — Ils ne sont pas à vous? allons, señor don Martin, vous voulez rire ?

« — Ils ne sont pas à moi, vous dis-je. Je le sais peut-être bien, que diable !

« — Mais alors à qui sont-ils?

« — A ceux-ci, répondit don Martin, en montrant les pauvres; demandez-leur s'ils veulent les vendre. Enfants, vendez-vous vos garbanzos? cria-t-il de sa voix de basse.

« Une clameur d'angoisse et de supplications s'éleva jusqu'au ciel.

« — Mais, don Martin, insistèrent les arrieros.

« — Quoi! ne voyez-vous pas que les maîtres ne veulent pas? et que puis-je y faire? répondit don Martin...

« Don Martin n'avait jamais rien changé, ni dans sa maison, ni dans sa manière d'entendre la culture, ni dans sa manière de vivre, ni dans sa manière de voir, ni même dans sa manière de s'habiller. Il portait constamment des bas de soie bleue, des souliers d'une espèce de drap rude ou de feutre qui s'appelle peau de rat, avec des boucles d'argent, une culotte de casimir noir, aussi avec boucles d'argent au genou, un grand gilet de riche étoffe de soie, quelquefois brodé en couleurs, une ample veste également en soie, enfin une résille pour retenir ses cheveux qu'il ne coupait jamais; seulement la résille était courte et ne descendait guère plus bas que la nuque. Quand il sortait le matin, il prenait une capote de riche drap noir, ornée de passementeries et de franges de soie; dans l'après-midi une cape écarlate, doublée de satin de couleur, et sur la tête un chapeau à bords rabattus, pareil à ceux que portent les picadors aux courses de taureaux. Quoique don Martin eût plus de soixante-dix ans, et qu'il eût engraissé un peu plus qu'il n'eût fallu pour danser des séguidillas, il conservait les restes d'une imposante figure. Il était grand, et ses traits, quoique grossis, étaient beaux et réguliers[1]. »

A côté de cette noble figure, il faudrait grouper le reste de la famille, a maîtresse de la maison, austère et froide, mais grave et digne; le frère, prêtre distingué et homme d'expérience, revenu à ses études après avoir été forcé de prendre le mousquet, et qui recueilli avec joie dans la maison fraternelle, entouré de ses livres et de ses pauvres, jouissait de la nature comme un poëte et de la paix comme un cénobite; le neveu enfin, jeune homme de vingt-deux ans, peu favorisé de la nature, très-brun, très-lourd d'esprit en apparence, mais ayant comme type de la race andalouse les yeux grands et noirs, les dents petites et blanches. Son oncle, qui l'avait appelé près de lui pour en faire son héritier, lui avait dit en le voyant : — « Pablo, mon garçon, va ton chemin; on n'est pas damné pour être laid. » Mais sous cette rude enveloppe Pablo cachait toutes les grâces de l'âme, et l'amour qu'il éprouva pour sa cousine les fit fleurir l'une après l'autre.

On vient de voir la famille du laboureur andalous, pauvre dans un couvent démantelé, riche dans le vaste domaine de ses pères, et rappelant la grande existence seigneuriale des anciens barons saxons. Cherchons-la maintenant au village même, là où l'homme est de plus

[1] *Clemencia.*

Digitized by Google

près et journellement en contact avec ses semblables. Nous allons la trouver à *Dos-Hermanas*, un hameau entouré d'oliviers, à deux lieues de Séville, encore rempli des souvenirs de la conquête chrétienne et de la tradition de saint Ferdinand, dont il conserve précieusement un des étendards

C'est à Dos-Hermanas que Fernan Caballero a placé, disons mieux, a trouvé établie la famille Alvareda : c'est le titre d'un de ses romans les plus remarquables.

Un brave garçon, le fils d'une veuve aisée, s'est épris d'une coquette de village et l'a épousée, non sans la permission, mais malgré les avertissements de sa mère qui, avec cet instinct qu'ont les mères, avait jugé au premier coup d'œil que la capricieuse Rita ne ferait jamais le bonheur d'un homme droit et simple tel que Perico. Et la mère Ana avait bien raison ; car, devenue la femme de Perico et deux fois mère, Rita ne se gêne guère pour écouter les jolis propos de Ventura, qui, outre sa bonne tournure, a rapporté du régiment quelques-uns des vices qu'on y prend d'ordinaire en échange des solides qualités qu'on a laissées dans la maison paternelle. Ventura, avant d'entrer au service, avait aimé la sœur de Perico, une de ces douces et pensives figures qu'il n'est pas défendu au romancier le plus vrai de rencontrer même au village : mais, gâté par la vie de garnison, il dédaigne au retour sa fiancée pour la femme de celui qui devait être son beau-frère. Perico, qui se croit trompé, attend son rival sous les oliviers et lui envoie une balle dans le cœur. Une fois vengé, il sent toute l'étendue de son crime et se sauve à travers champs. Ramassé à demi mort, sur le grand chemin, par un capitaine de voleurs, il n'a d'autre ressource que de suivre la bande, se promettant bien de ne pas s'associer à ses crimes. L'habitude elle-même ne parvient pas à émousser dans ce cœur naturellement honnête le sentiment du bien. Un jour, cependant, que la bande se voit serrée de trop près par un détachement qui la poursuit, Perico, obéissant, presque sans le vouloir, à l'instinct de la défense naturelle, se sert pour la première fois de son fusil, et la balle atteint l'officier, qui se trouve le fils de la bienfaitrice de sa famille. Le frère du mort se met à la tête d'un autre détachement et surprend les bandits. Perico est arrêté, jugé et étranglé sur la place San-Francisco, à Séville. La cause première de tous ces malheurs, Rita, bourrelée de remords, mais redevenue à demi intéressante par le repentir, se sauve à la Sierra avec sa mère et ses jeunes enfants. Voilà toute l'histoire.

Je montrerai d'abord la maison de cette pauvre famille à l'époque où elle était habitée par le bonheur, la joie, la paix de l'âme.

« La maison de la famille de Perico était spacieuse et soigneusement blanchie à la chaux en dedans et en dehors. De chaque côté de la porte s'appuyait

Digitized by Google

au mur un banc de pierre. Dans le zaguan (le vestibule), et au-dessus de la porte intérieure, était suspendu un fanal devant une image de Notre-Seigneur. C'est la coutume en Andalousie de mettre partout une pensée de religion et de placer toute chose sous un saint patronage. Au milieu d'un grand patio se dressait dans son riche feuillage, sur son tronc robuste et sain, un énorme oranger. Une petite chaussée circulaire protégeait sa base comme une cuirasse. Depuis un nombre infini de générations, ce bel arbre avait été pour la famille une source intarissable de jouissances. Le défunt Juan Alvareda, père de Perico, avait la prétention, et son père l'avait eue avant lui, de faire remonter l'existence de cet oranger à l'époque de l'expulsion des Maures, après laquelle, suivant son récit, l'avait planté un Alvareda, soldat du saint roi Ferdinand; et, quand le curé, frère de sa femme, l'en plaisantait, mettant en doute l'ancienneté et la suite non interrompue de sa descendance, il répondait sans s'émouvoir et sans que sa conviction en fût un instant ébranlée, que toutes les races du monde dataient de loin, et que la tradition des successions directes pouvait bien se perdre chez les riches, mais que pareille chose n'arrivait jamais chez les pauvres.

« Les femmes de la famille faisaient, avec les feuilles de l'oranger, des toniques pour l'estomac ou des calmants pour les nerfs; les jeunes filles se paraient de ses fleurs et en faisaient des sucreries; les enfants se régalaient de ses fruits. Les oiseaux avaient établi leur quartier général dans ses rameaux, qu'ils faisaient retentir de mille chansons joyeuses, pendant que les maîtres, qui avaient grandi à son ombre, ne se lassaient pas de l'arroser en été, et pendant l'hiver émondaient avec soin les petites branches qui avaient séché, comme on arrache les cheveux blancs de la tête chérie d'un père qu'on ne voudrait jamais voir vieillir.

« A droite et à gauche de la porte d'entrée, il y avait deux habitations égales, ou *partidos*, suivant l'expression du pays, se composant d'une salle avec deux petites fenêtres grillées sur la rue, et deux petites alcôves formant un angle avec la salle et prenant le jour du patio. Au fond de ce patio était une porte qui donnait sur un immense corral où se trouvaient la cuisine, le lavoir, les écuries, et au centre duquel s'élevait un immense figuier qui avait si peu de prétention et d'amour-propre, qu'il se prêtait sans murmure à servir d'asile de nuit aux poules, sans avoir une seule fois incliné ses rameaux sous ce poids incommode.

« Le maître de cette maison était mort depuis trois ans. Ana, sa veuve, était une femme distinguée dans sa classe, qui ne l'eût pas été moins dans une sphère plus haute. Elevée par son frère qui était prêtre, elle avait un esprit cultivé, un caractère grave, des manières dignes, une vertu instinctive. Ses qualités unies à sa position aisée lui donnaient une supériorité réelle sur tous ceux qui l'entouraient, supériorité qu'elle admettait sans en abuser. Son fils Perico soumis, modeste, laborieux, avait été sa consolation et ne lui avait jamais donné d'autre chagrin que son amour pour sa cousine Rita.

« Sa fille Elvira, de trois ans plus jeune que son frère, douce comme une mauve, humble comme une violette, pure comme un lis, avait eu une enfance maladive, ce qui avait répandu sur sa figure (elle ressemblait d'ailleurs beaucoup à son frère) une pâleur et une expression de calme résigné

Digitized by Google

« — Oui, répondit le garde; ici fut tué le plus joli garçon, et le plus brave qui ait foulé la terre de Dos-Hermanas.

« — Et le meurtrier, ajouta le capataz, était bien le jeune homme le plus honorable et le plus honnête de l'endroit.

« — Et comment ce malheur arriva-t-il? demanda le marquis.

— Le vin et les femmes, répondit le garde, la cause de tous les malheurs.

« Et, chemin faisant, ils racontèrent ce que nous venons de rapporter, avec tous les détails et toutes les circonstances.

« — Et il y a encore quelqu'un de la famille dans le lieu? demanda le marquis, profondément intéressé par ce récit.

« — Personne, répondirent ses deux compagnons. Le père Pedro mourut dans l'année; la femme de Perico voulait se laisser mourir, mais le moine qui avait assisté son mari lui persuada de vivre pour ses petits enfants, que telle était la volonté de Dieu et celle de son mari. Mais, comme il lui eût fallu trop d'effronterie pour demeurer ici, où tout le monde la connaissait et avait chéri son mari, elle s'en fut avec sa mère à la Sierra, où ils avaient des parents. Quelqu'un qui en venait ces jours passés et qui l'a vue dit qu'elle n'est plus la même, les larmes ont creusé des rides profondes sur sa figure; elle est plus vieille que la faux de la mort et n'a plus aucune santé.

« — Et la mère? demanda le marquis.

« — La pauvre mère Ana est morte précisément avant-hier; la malheureuse avait l'air d'une ombre; elle était toute courbée, et on eût dit qu'elle cherchait sa sépulture comme un lit pour se reposer.

« Sur ces entrefaites, ils étaient arrivés au Pueblo, et en passant devant une grande maison de morne apparence, le capataz dit :

« — Voilà sa maison.

« Le marquis s'arrêta et entra sans hésiter.

« Une vieille parente de la défunte habitait seule cette maison triste et vide, sur laquelle s'étendait alors comme un suaire la blanche clarté de la lune.

« — Voilà des parterres bien abandonnés! dit le marquis.

« — Ah! ce n'était pas ainsi, répondit la vieille, quand la pauvre petite en avait soin, celle qui, en apprenant l'exécution de son frère, ferma les yeux pour ne plus les rouvrir aux horreurs de ce monde. Tous les recoins étaient pleins de fleurs qui répondaient comme des filles aux soins de leur mère.

« — Oh! quel malheur, s'écria le marquis, ce magnifique oranger s'est séché!

« — Il était plus vieux que le monde, reprit la vieille, et accoutumé à beaucoup de soins et de mignardises. Depuis que la pauvre Ana avait perdu ses enfants, ni elle ni personne ne s'en est occupé, et il a séché.

« — Et ce chien? demanda le marquis, en apercevant un pauvre chien, vieux et aveugle, étendu à l'écart dans un coin.

« — Le pauvre Melampo! depuis que son maître manqua, il devint triste et perdit la vue. Ana l'a recommandé à mes soins; la pauvre ne m'a dit ue cela. Mais il ne me donnera pas grand'peine, car, au moment où «

emporta le corps, il se mit à hurler, et depuis il n'a rien voulu prendre.

« Le marquis s'approcha, le chien était mort [1]. »

Relevons cependant dans l'estime du lecteur le pauvre jeune homme qu'une jalousie trop justifiée avait poussé au crime, en le montrant dans une de ces situations où, trop souvent en Andalousie, un meurtre peut, dans un moment de violence, perdre à jamais des âmes qui n'étaient pas faites pour le crime.

« Les bandits montèrent à cheval et arrivèrent vers minuit au grand château en ruines d'Alcala. Diego (c'était le capitaine) siffla trois fois ; on vit alors sortir d'une tan ière qui s'ouvrait au pied du château la Gitana avec une lanterne dans la main.

« Ils mirent pied à terre et la suivirent.

« Perico allait confus et soupçonnant le mauvais pas où il se trouvait; mais ses compagnons l'entouraient et l'entraînaient avec eux où les menait la Gitana. Celle-ci, après avoir salué les bandits d'un ton humble et dans un langage inintelligible, ouvrit avec un crochet l'huis d'une petite cour sur laquelle, parmi des décombres et des madriers, donnait une porte de la sacristie, où la canaille sacrilége entra non sans crainte et s'effrayant elle-même du bruit de ses pas.

« Quel sublime et redoutable spectacle que celui d'une église déserte à pareille heure de nuit ! A cet aspect, les âmes même les plus pures et les plus saintes s'abîment dans une profonde et craintive méditation; et il n'est pas d'incrédule si déterminé qu'il s'y aventure sans peur. Combien immenses et terribles apparaissent ces sombres nefs ! combien hautes ces arcades qui, soutenues par des géants de pierre, se perdent dans la mystérieuse obscurité d'un ciel sans étoiles ! Là, dans une profonde et lugubre chapelle, on ne peut entrevoir sans terreur la froide statue qui dort sur une tombe ; on en distingue à peine les contours, et l'obscurité même semble lui communiquer le mouvement. Le maître-autel, encore imprégné des parfums de l'encens et de celui des fleurs du matin, et qui perce les ténèbres de ses lueurs incertaines; cet autel, centre universel de la foi, trône de la charité, refuge de l'espérance, prodigue dispensateur des plus douces consolations, rempart du faible, attire les yeux, les pas, les cœurs ! Devant le tabernacle brûle la lampe solitaire, gardienne du sanctuaire, suave et perpétuel holocauste, flamme permanente comme l'éternelle miséricorde, brûlante comme l'amour, silencieuse comme le respect, tranquille comme l'espérance...

« Telle était l'église d'Alcala lorsque les voleurs y entrèrent, éclairés par la lanterne de l'affreuse Gitana, et poussant devant eux le malheureux Perico.

« — Lâchez-le et fermez, et barricadez cette porte, dit Diego.

« — Il va crier et nous fera découvrir, répondirent les autres.

[1] La *Famille Alvareda*.

« — Lâchez-le, vous dis-je! répéta le capitaine Qui l'entendra, et que nous arrivera-t-il?

« — Il peut crier, répliqua Léon, qui déjà, aidé de la Gitana, dépouillait le maître-autel de ses ornements d'argent.

« —Ayez-y l'œil, répondit alors le capitaine. Et deux de ses hommes, plus timides sans doute et à qui il répugnait de porter la main sur les choses saintes, s'approchèrent de Perico.

« Celui-ci, qui, comme tous les hommes qui savent se contenir, était impétueux et irrésistible quand les circonstances l'arrachaient à lui-même, retrouva toute son énergie pour s'écrier :

« — A bas les chapeaux, hérétiques; vous êtes dans la maison de Dieu.

« — Vite un bâillon, cria à son tour le capitaine furieux.

« Et aussitôt on lui mit un mouchoir en travers de la bouche, toute résistance était inutile.

« Mais, quoique le bâillon l'étouffât, en voyant Léon et la Gitana briser la porte du tabernacle, Perico, fit un effort désespéré, et tomba sur les genoux en criant :

« — Sacrilége ! sacrilége ! cri terrible qui se répéta de chapelle en chapelle, retentit sous la voûte, comme le tonnerre sous la nue, et qui, réveillant le grand et sonore instrument qui d'ordinaire accompagne l'imposant *De profundis* ou le glorieux *Te Deum*, alla se perdre dans les tubes de métal, comme un gémissement douloureux.

« Ces misérables furent un moment glacés de terreur; Diego lui-même trembla. Mais, se remettant aussitôt, il courut à Perico, le poussa contre les dalles, le foula aux pieds, le maudit, et commanda aux autres de l'achever à coups de crosse, s'il proférait un mot. L'infortuné, la face contre terre et maltraité par les bandits, murmurait d'une voix à peine articulée :

« — Miséricorde! Seigneur, miséricorde!

« — Tuez-le s'il souffle, répéta Diego, et finissons-en; voici la nuit qui s'éclaire, on peut nous voir sortir d'ici.

« Effectivement, les nuages s'entr'ouvrirent et un rayon de la lune entra, dans ce moment, par l'une des hautes fenêtres de l'église et alla baiser le pied d'une image miraculeuse de l'Immaculée Conception.

« — Maudite lune ! s'écria la Gitana, avec d'horribles imprécations.

« Et tous, effrayés de se voir les uns les autres à cette clarté soudaine, se hâtèrent d'achever le dépouillement des autels et de consommer leur sacrilége.

« Ils sortirent enfin, et quand, la Gitana les eut vus partir à cheval avec tous les trésors de l'église, elle retourna se cacher dans la terre.

« Le soleil ne dorait pas encore la Giralda, lorsque, chargés de leur butin, ils arrivèrent près de Séville. Laissant alors leurs chevaux dans un champ d'oliviers à la garde d'un des leurs qu'ils appelaient le Galérien, ils entrèrent dans la ville par différents chemins, pour se réunir ensuite dans un lieu écarté, indiqué d'avance par la Gitana, et où un orfévre, prévenu par elle, reçut, pesa et paya les vases sacrés. Mais, quand les bandits retournèrent à l'endroit où ils avaient laissé le Galérien avec les chevaux, ils n'y trouvèrent personne.

« — Le chien nous a vendus, dit l'un d'eux.

« — Dans quel but? répondit Diego, il a ici sa part qu'il doit croire plus forte que le prix de sa trahison.

« — Il aura vu du monde et se sera réfugié au Cuervo, dit Perico.

« Et ils se dirigèrent vers le Cuervo, en prenant par les oliviers.

« Mais le Galérien n'était pas davantage au Cuervo.

« — Mon pauvre cheval! mon pauvre Corso! dit Diego, et une larme amère comme l'absinthe brilla un instant dans ses yeux; mais se remettant aussitôt: Nous sommes vendus, dit-il, sus! c'est le moment de prendre le large, remontons le fleuve; au coto du Roi, à Ayamonte, en Portugal! quelque jour je le trouverai, et, ce jour-là, il vaudrait mieux pour lui qu'il ne fût jamais né.

« Ils allaient partir, quand ils virent apparaître la Gitana, qui venait réclamer sa part du butin. Tous l'assaillirent de questions sur la disparition du Galérien; mais elle ne savait rien et témoigna une grande inquiétude.

« — Il n'y a plus ici de sûreté pour nous, dit-elle, et il nous faut partir sans perdre une minute. Le fils aîné de la comtesse de Villaroan a juré de venger la mort de son frère; il a demandé un détachement au capitaine-général, et il est à vos trousses. J'ai peur qu'il n'ait surpris le Galérien. Quant à moi, je m'en vais, la terre brûle mes souliers.

« — Elle ne te brûlera jamais assez vite, s'écria l'un des voleurs.

« — Elle ne t'avalera jamais assez tôt, dit un autre.

« La vieille disparut en silence au milieu des oliviers, comme une vipère après qu'elle a laissé son venin dans la morsure qu'elle a faite.

« — Voler dans la maison de Dieu! dit le premier.

« — Dépouiller un sanctuaire! ajouta l'autre.

« — Allons, bouche close, cria Diego. A quoi servent à présent les réflexions? ce qui est fait est fait; partons [1]. »

L'une dans l'autre, comme le titre l'indique, est une double histoire qui met en opposition la ville et le village, le peuple et la classe élevée, Séville et Dos-Hermanas. Le héros du premier récit est le narrateur du second. L'un est le tableau agréablement touché de la société en Andalousie, l'autre une de ces tragiques aventures que Fernan Caballero sait raconter avec une simplicité saisissante. L'artifice de la composition se laisse trop voir dans l'ingénieux entrelacement du récit et de l'action; et le récit est si émouvant, qu'il jette un peu de froideur sur le cadre au sein duquel il se développe. Ce récit est plein de sang et de coups de couteau; mais la scène que j'en détacherai sera toute gracieuse: c'est le retour d'une Romeria. Le farouche Diego de Mena, qui, privé de son père par un crime, ne nourrit que des pensées de vengeance, est amené à prendre en croupe, pour la ramener à Utrera, une jeune fille de la Sierra, dont l'âne, abandonné à lui-même, est retourné seul à la ville.

[1] La *Famille Alvareda*.

Digitized by Google

« Pendant que ces plaisanteries se croisaient comme des fusées aux oreilles de Diego, les jeunes gens avaient placé Pastora sur la croupe du cheval. Celle-ci, qui ne se doutait pas de l'embarras de Diego, ni de la résistance qu'il avait opposée à ce dessein, s'accommodait à sa guise, arrangeait ses jupons, prenait d'une main le mouchoir attaché à la queue du cheval, et passait l'autre sans cérémonie, et le plus naturellement du monde, autour de Diego, de manière qu'elle reposait sur le cœur même du jeune garçon qui battait fortement d'une émotion inconnue.

« On se mit en marche, et le bon cheval de Diego eut bien vite laissé tous les autres derrière.

« Diego Mena, qui n'était connu à Utrera que sous le nom de Diego le Taciturne, surnom qu'il devait à sa taciturnité habituelle et à la solitude dans laquelle il vivait, était arrivé à vingt-six ans sous l'influence de l'affreuse catastrophe qui paraissait avoir paralysé tous ses sentiments, et les avoir concentrés sous la double impression du chagrin et de l'horreur. Il était demeuré si seul au monde, que rien n'avait interrompu le tête-à-tête où il vivait avec sa douleur et sa mélancolie. Diego était comme l'arbre à qui un froid hiver a pris toute la séve qui lui donne la vie, et qui, dépouillé, triste et noirci, ne semble plus vivre. Mais, à peine mis en contact avec cette jeune fille si pure, si suave, si pleine de vie, on eût dit qu'une tiède et vivifiante haleine venait ranimer son existence. Aux rayons de ce soleil de vie et d'amour, ses feuilles poussèrent, ses fleurs s'ouvrirent, et l'arbre parut dans toute la force de la vie, dans toute la luxuriante beauté du printemps.

« Ils se turent longtemps. A la fin Diego dit :

« — Restez-vous encore ici quelque temps?

« — Un mois.

« — C'est peu.

« — Mon père trouvera que c'est beaucoup.

« — Quelque autre aussi doit désirer votre retour.

« — Non, que je sache.

« — Vous n'avez donc pas de novio (fiancé)?

« — Moi, non.

« — On n'a pas d'yeux à Aracena?

« — C'est peut être moi qui n'ai pas d'oreilles.

« — Peut-être aussi avez-vous le goût trop délicat?

« — Oui et non.

« — Ce n'est pas une réponse, mais deux et qui se contredisent.

« — Cela vous intéresse?

« — Peut-être.

« — Ce n'est ni une réponse, ni deux. Ce n'en est pas une.

« — Êtes-vous si pressée de dire non?

« — Vous ne l'êtes guère d'obtenir un oui.

« — Me connaissez-vous?

« — Je vous connaissais et vous me connaissiez.

« — Qui vous l'a dit?

« — Un ami qui ne trompe pas.

« — Cet ami me dit que je ne saurais plaire, je suis si triste!

Digitized by Google

« — Et moi qui suis si gaie, je devrais déplaire à qui ne l'est pas.
« — Plût à Dieu !
« — Je ne le voudrais pas.
« — Quoi donc? tenez-vous à me plaire?
« — Les étoiles n'ont-elles pas envie de briller?
« — Voulez-vous être mon étoile?
« — Je ne veux pas être, je suis qui je suis.
« — Non, je ne veux pas vous choisir sans votre consentement.
« — Le consentement ne se demande pas, il se mérite.
« — De quelle manière?
« — Cela ne se dit pas, on le devine.
« Ils allaient toujours. — « Il y a, reprit Diego fort ému, il y a une fenêtre dans le corral du père Blas qui donne sur la petite rue; l'ouvrirez-vous?
« — Nous verrons.
« — Rien que de l'espérance?
« — Voyez donc! et il n'est pas content! dit Pastora en sautant à bas du cheval. Merci, Diego, vous avez un cheval qui marche fièrement!
« — Trop vite, Pastora!
« La Serrana salua de la main et entra en courant dans la maison.
« Diego s'éloignait avec le ciel dans le cœur[1] ! «

On trouvera peut-être invraisemblable cette vive escrime de la parole, mêlée de poésie et de sentiment entre deux enfants du peuple; mais, en citant ces deux pages, j'ai précisément voulu donner au lecteur une idée exacte de ces entretiens qui se prolongent ainsi, des deux côtés d'une fenêtre grillée, pendant des nuits entières, pendant des années.

Veut-on un autre exemple de cette vivacité naturelle de l'esprit andalous? Une jeune fille du monde, courtisée par un sot, s'efforce de le décourager en affichant des prétentions de bas-bleu ; elle fait des vers, elle écrit des livres, elle a en portefeuille un roman de Guillaume Tell. « Tenez, s'écrie-t-elle, je vais vous en dire le plan. »

« Guillaume Tell était un noble montagnard écossais qui refusa de saluer le chapeau de castor que le général anglais Malbrouc avait fait clouer tout exprès pour cela à un poteau ; ce qui amena la révolution et la guerre de trente ans, d'où enfin mon héros sortit vainqueur et fut proclamé roi de la Grande-Bretagne sous le nom de Guillaume le Conquérant. Mais il flétrit ses lauriers en faisant décapiter sa femme, la belle Anne de Boulen. Pour expier son crime, il envoya en Palestine son fils Richard Cœur-de-Lion. Richard à son retour, fut jeté en prison, à cause de son zèle religieux, par Luther Calvin, Voltaire et Rousseau, qui formaient le directoire en France, directoire révolutionnaire qui envoya à l'échafaud le saint roi Louis XIV. Ce fut alors que, pour éviter des maux semblables en Espagne, le roi don Pèdre le Cruel établit l'inquisition, d'où ce surnom lui est venu[2]. »

[1] *L'une dans l'autre.*
[2] *L'une dans l'autre.*

Digitized by Google

Voilà qui est fort piquant ; mais ce qui l'est plus encore, c'est ce que l'auteur ajoute avec une malice dont je m'empresse de lui laisser toute la responsabilité :

« Rien de comique comme le sérieux et l'aplomb avec lesquels Casta débita ce chapelet de billevesées, sans se couper, sans hésiter un moment, d'autant plus que Casta, ayant choisi au hasard les noms et les faits historiques, et comme les lui fournissaient ses souvenirs d'opéras, de sermons, de feuilletons et de conversations, savait bien que son récit n'avait rien d'exact, mais ne soupçonnait pas elle-même l'énormité de ses folies et le monstrueux de ses anachronismes [1]. »

Nous voici peut-être un peu loin de la baie de Cadix, quoique ce soit à Cadix que la belle Casta ait acquis en partie son érudition historique : la *Dernière Consolation* va nous y ramener. Tel est le titre d'une très-courte nouvelle dont la scène est à Puerto Real, quelques pages à peine, mais dont le dénoûment est sublime.

En voici le commencement, sans lequel la fin ne serait pas comprise :

« Puerto Real est séparé de la mer par des terrains marécageux, coupés de canaux, que la mer vide et remplit successivement dans son immense et incessant balancement. A gauche et dans ces terrains dont nous avons parlé, l'industrie a créé ces vastes salines si renommées pour l'abondance et la supériorité de leurs sels. La vue qu'elles offrent est triste et monotone. Ce sol salpêtreux n'a qu'une végétation triste et décolorée où domine un espèce de bruyère, quelques joncs, et une petite plante d'un vert cendré, dont les maigres fleurs semblent avoir honte de s'ouvrir, elles les mères du doux miel, au bord d'une mer qui les dédaigne, sous les émanations corrosives d'un sel qui les flétrit, semblables, ces pauvres fleurs, à la poésie de nos jours qui présente ses fleurs solitaires et tristes au bord de l'océan amer de la politique qui les dédaigne et sous le sarcasme mordant qui les sèche.

« Pour donner une base plus sûre à ces pyramides de sel quelquefois gigantesques, on enfonce dans le sol, comme en Hollande, des madriers assez longs pour atteindre le terrain solide. On appelle *albinas* les marais qui reçoivent ces fondations, et *rabizas* ceux dont on ne peut trouver le fond.

« A droite de Puerto Real, et séparé de lui par des terrains de ce genre, se dresse le fameux Trocadero, qui protége Puerto Real contre les formidables assauts de la mer, auxquels ne peuvent toujours résister les puissantes murailles de Cadix. Abritée ainsi par les flots et défendue par ses marais, la charmante ville de Puerto-Real dort tranquille au milieu de ses plaines et sous la garde de saint Roch, son patron [2]. »

Donc, à Puerto Réal, vivait une pauvre femme qui avait un fils dont les mauvais instincts avaient résisté, dès l'enfance, à tous les

[1] *L'une dans l'autre.*
[2] La *Dernière Consolation.*

Digitized by Google

« Le lanchero fit une pause et releva ses cheveux, comme pour rafraîchir son front brûlant.

« — Mais, dit Maria, qui, à ce récit, éprouvait un profond intérêt et une pitié grande, avez-vous pu vérifier enfin ce que c'était?

« — Oui, señora, répondit le lanchero, l'aube, avec sa clarté, vint confirmer ce que le cœur me disait depuis un moment. Il est bon de dire qu'à mesure que passaient les heures, les cris allaient s'affaiblissant et s'éteignant. Mais, comme je n'avais pas perdu l'endroit de vue, je sautai à terre, et m'acheminai comme je pus de ce côté, car je connais les marais et les albinas comme les doigts de ma main. C'était bien ce que j'avais soupçonné. Un malheureux, ignorant le danger ou plus téméraire que le vin, était venu donner dans une rabiza, et s'y était enterré petit à petit, mais sans cesser d'enfoncer. Toute la nuit avait duré cet enterrement d'un vivant; et le marais, en le dévorant, n'avait laissé dehors qu'un bras que le malheureux tenait élevé au-dessus de sa tête, comme pour marquer son tombeau.

« — Jésus! Jésus! quel malheur! s'écrièrent en même temps Véronique et sa tante. Et quel sera le malheureux?...

« — Ce ne peut être, reprit le lanchero, qu'un des galériens qu'on a amenés au Trocadero, et qui aura tenté de s'échapper cette nuit.

« En ce moment, entra un commissaire du préside. — Je viens, dit-il durement, fouiller cette maison.

« — Et pourquoi, grand Dieu? demanda Maria toute saisie.

« — Parce que votre fils s'est échappé cette nuit.

« Maria poussa un cri aigu, en ouvrant les mains et en étendant les bras en avant, comme pour écarter de soi une épouvantable conviction.

« — Qu'a-t-elle donc? demanda le commissaire. Qu'est ceci?

« — C'est, répondit le lanchero, que celui qui s'est échappé s'est trompé de chemin, et est tombé dans le marais où il est resté enterré vivant.

« — Le savez-vous d'une manière certaine?

« — Je puis dire que j'étais présent, répondit le lanchero, mais sans avoir aucun moyen, il n'y en a pas, de prévenir le malheur. Allez voir l'albina, et si la terre n'a pas fini de l'engloutir, vous verrez un bras qui dit: « Ci-gît un « chrétien. »

« Le commissaire sortit.

« Maria, qui était restée muette, comme anéantie par la violence du coup, se leva brusquement et avec l'énergie du désespoir.

« — Mon fils! mon fils! s'écriait-elle. Mon fils, mon fils, le fils de mon âme, le fils de mes entrailles, mon fils, mon pauvre fils! Comme il aura souffert, sainte vierge Marie! quel abandon! quel désespoir! mourir sans secours de Dieu, ni des hommes! et moi qui t'ai mis au monde, je dormais! et moi qui suis ta mère, je ne courais pas à ton aide! Ah! Dieu du ciel! Dieu du ciel! ah! les pères sont prophètes! ah! la douleur m'étouffe! ah! la douleur me tue! quel tourment! quel supplice! ah! pauvre de moi, malheureuse mère! fils infortuné, Dieu nous a abandonnés tous les deux!

« — Ma tante, ma tante! s'écria Véronique, baignée de larmes, Dieu n'abandonne personne.

Digitized by Google

« — Qu'il me vienne donc en aide! cria d'une voix étranglée la malheureuse mère.

« — Dites d'abord en jeune fille soumise : Que sa volonté soit faite, dit en sanglotant la pieuse Véronique.

« — Qu'elle se fasse donc, s'écria la mère désespérée, en joignant les mains avec un tremblement convulsif, et s'il me faut mourir comme le fils de mon âme, sans consolation... qu'elle se fasse encore!

« — Sans consolation! il vous en reste une, dit le lanchero d'une voix grave et émue.

« — A moi? Il n'y en a pas pour moi, dit Maria en gémissant.

« — Eh! n'en est-ce pas une, dit le lanchero, que la certitude qu'il est mort en chrétien?

« — Ah! si je l'avais! si la sainte Vierge avait exaucé la prière de toute ma vie, depuis que je suis mère!

« — Ayez-la donc, dit le lanchero.

« — Comment! quoi? je pourrais l'avoir! murmura la mère avec une émotion qui étranglait la voix dans sa gorge; qui me l'assure?

« — Moi qui sais sa dernière pensée, dit le lanchero.

« — Vous la savez? comment la savez-vous? dites-le, au nom du ciel, dites-le!

— C'est ce que voulait dire la croix qu'il avait formée avec ses doigts qui restèrent ainsi croisés après sa mort, et élevés au-dessus de sa sépulture, pour attester qu'il mourait en chrétien, c'est-à-dire repentant de ses fautes, croyant, aimant, espérant en Dieu.

« La fervente chrétienne tomba sur ses genoux, joignit les mains et s'écria :

« — Que Dieu soit glorifié! bénie sois-tu, mère de miséricorde, qui as entendu ma prière et as obtenu qu'elle fût exaucée, puisque la mort de mon fils a été celle d'un chrétien! Bénie soit la providence de Dieu qui m'envoie cette dernière consolation!

« La pauvre mère tomba le visage contre terre; quand on la releva, elle était morte [1]. »

En face de Puerto Real, s'étend sur une longue ligne la ville de San Fernando, appelée aussi la Isla. Cette ville si humble, malgré son importance, à côté de la brillante Cadix, apparaît à Fernan Caballero « comme une belle femme reléguée dans un coin par une rivale plus « heureuse, ou plutôt la Isla, avec ses arsenaux, ses chaussées, ses « corderies, ses chantiers, ressemble à la femme du marin dans sa « solitude, assise sur la plage et regardant la mer. »

Rota, à l'autre extrémité de la baie, à l'embouchure du Guadalquivir, n'est pas décrite d'un trait moins poétique ou moins juste :

« On voyait dans le lointain Rota, cette jardinière rustique qui, les mains pleines de fruits et de légumes, est la première à donner la bienvenue aux

[1] La *Dernière Consolation.*

Digitized by Google

navires qui, fatigués et épuisés par la traversée du désert liquide, arrivent au port en repliant leurs ailes, comme des oiseaux à leur nid. »

Si l'on veut de Rota un tableau non pas plus vrai, mais plus simple, on le trouvera dans une touchante nouvelle qui a pour titre : *Pauvre Dolores!* et qui, je crois, a été traduite en français.

Quant à Cadix, si je n'en dis rien, c'est que, comme Séville, elle est partout dans les livres de Fernan Caballero.

Je pourrais longtemps encore poursuivre ces analyses et ces citations. Il n'est si petite nouvelle de Fernan Caballero où ne brille au regard quelque perle précieuse ; mais ce que l'on a dit et ce qu'on en vient de lire suffit sans doute pour montrer tout ce qu'il y a de séve et d'élévation dans ce talent nouveau, et l'heureuse appropriation de ce don de peindre aux pays et aux personnages de ses préférences habituelles.

Dans ces dernières années, tous les esprits cultivés se sont fort occupés, en Espagne, de Fernan Caballero. Les poëtes les plus distingués, les critiques les plus accrédités, se sont à l'envi groupés autour de lui pour lui faire fête et le soutenir dans cette voie nouvelle, contents de voir qu'il se rencontre enfin un talent original qui, par son exemple, arrache ses émules à la tâche ingrate, vulgaire et stérile, quand elle n'est pas dangereuse, de la traduction des œuvres étrangères. Chacun de ses ouvrages se présente au public sous le patronage d'un nom célèbre : aujourd'hui M. le duc de Rivas, demain don Eugenio Ochoa, un autre jour don Juan Hartzembuch, Antonio Cavanilles ou Fermin Apecechea.

Cet appui si aisément obtenu, si galamment accordé, a contribué à répandre l'opinion que l'auteur de la *Gaviota* pourrait bien être une femme. On s'est demandé : Qu'est-ce donc que ce charmant conteur, qu'on ne rencontre jamais à Madrid, dont les merveilleux petits récits, datés tantôt de Jerez, du Puerto-Santa-Maria ou de San Lucar, tantôt de Séville et d'une des tours de l'Alcazar, émeuvent si vivement le cœur, remuent si fortement l'intelligence, et qui, par la supériorité de ses œuvres, comme par le mystère attaché à sa personne, éveille au loin tant d'intérêt et de curiosité ?

L'extrême délicatesse des sentiments, l'étude si déliée de la passion, la grâce exquise de certaines descriptions paraissainet donner raison à ces conjectures ; mais les femmes ont-elles le secret de peindre les caractères avec cette énergie toute virile, de les mettre aux prises avec cette verve si dramatique? Il y avait dans quelques pages une fraîcheur si naturelle, dans d'autres une telle exubérance de vie, qu'on en a conclu également qu'il n'y avait que la jeunesse pour écrire ainsi. Mais aussitôt une rare expérience du cœur humain, un retour mé-

Digitized by Google

lancolique vers un passé préféré, une suprême équité de jugement, vous avertissent que l'épreuve de la vie est entrée pour beaucoup sans doute dans l'éducation de ce talent à la fois nouveau et accompli.

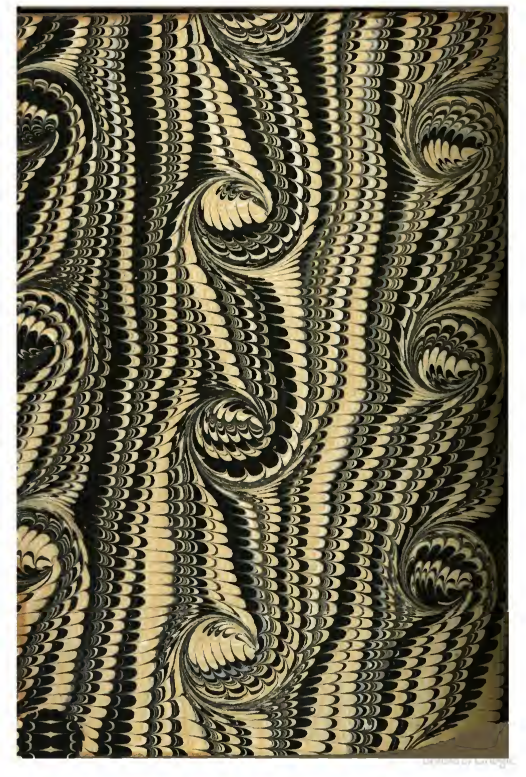
On se disait encore : A quel degré de la hiérarchie sociale appartient Fernan Caballero? Ce nom est celui d'un petit bourg de la Manche, mais l'ingénieux écrivain l'a-t-il trouvé dans le blason de sa famille ou l'a-t-il pris sur la carte? Est-il né sous le toit du pauvre? il aime tant le peuple et il excelle si fort à le peindre! Mais, d'un autre côté, il le flatte si peu. Les classes élevées devront-elles le revendiquer? elles en auraient le droit si, en Espagne. les nobles manières, les sentiments chevaleresques, étaient le privilége exclusif des grands.

Fernan Caballero peut donc sans invraisemblance passer pour une femme, il en a toutes les grâces; pour un homme, il en a toute la vigueur. Il sait tour à tour ouvrir l'âme aux plus naïves émotions de la jeunesse comme aux plus sages pensées de l'âge mûr; s'il rend justice aux solides qualités du peuple, il ne lui en coûte nullement de placer sur leur antique piédestal les descendants du Cid, de Fernan Cortès, de Gonsalve de Cordoue. Que ses amis continuent donc à chérir sa personne, ses lecteurs à s'enchanter à la lecture de ses livres, l'Espagne à devenir chaque jour plus fière de celui ou de celle qui met sa gloire à consoler les grandeurs déchues et à amuser l'ennui de son pays. Quant à son nom, à son rang, à son sexe et à son âge, il faut bien laisser quelque chose à deviner aux commentateurs à venir; aussi bien la postérité commençait à se lasser de chercher le vrai nom de l'auteur des *Lettres de Junius* et de celui de la *seconde partie de Don Quichotte*. L'auteur de *Waverley* a longtemps excité la curiosité de notre siècle ; c'est une ressemblance de plus entre lui et Fernan Caballero. Le lecteur sait maintenant qu'il en existe entre eux de plus sérieuses.


BIBLIOTECA NAZIONALE
Fondo
Hélène Savoia Aosta
Napoli
551797

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google





Digitized by Google